

Manglares

Manglares

J. M. Galán



Sisabianovenia

Buenos Aires

Manglares

J. M. Galán
jgalan@sisabianovenia.com

Diseño de Tapa
Andrea Sanchez
Interior y composición
J. M. Galán

© de esta edición
Ediciones Sisabianovenia
ISBN 950-43-9256-3
Deposito Legal 11.723 - 1998
Cholesterol Free!

*Sin terminar de corregir,
siempre sin terminar
de corregir*

Índice

*De una vieja compilación japonesa,
sin datos*

1

*Las pequeñas opiniones
son vacilantes*

5

Cartas

9

Misteriosa vida sentado aquí

21

Paisaje del capibaribe

23

*Como quiera que mediante
la gracia divina*

27

Violencia de ciudad

33

De eso no se habla

37

La gran metafísica es el amor

45

<i>Luciano Federico</i>	49
<i>Buenos Aires</i>	53
<i>En tren de Chicago a San Francisco</i>	65
<i>Darwin</i>	67
<i>Unas viejas fotos</i>	73
<i>Upa lalá</i>	79
<i>Editorial</i>	
<i>El postergado conflicto en Medio Oriente</i>	89
<i>Líneas de sombra</i>	95
<i>Gabriela</i>	97
<i>Cartas en el ciberespacio</i>	105

DE UNA VIEJA COMPILACIÓN JAPONESA, SIN DATOS

Abro el Libro buscando consuelo:
«Al principio no estaban separados cielo y tierra,
el elemento más pesado y espeso se realizó con dificultad.
El cielo, por consiguiente, se formó pero
le siguió la escarcha.»

Una vez y otra vuelvo atrás la mirada;
sólo quedan la brisa y el amanecer.
El rocío y la niebla son vastos,
y sin embargo estrechos para mí;
Sol y luna son brillantes,
pero ni uno de sus rayos llega;
¿Y esto alcanza a los hombres?
Particularidades de cada estación—
tan numerosas
como las arenas de una playa:
Los hombres sólo saben leer libros
que no fue poeta su autor.

Mi hijo Furuji,
el que nació a la voz de un pájaro triste,
perdida su poesía e inmortalidad,
como un animal salvaje,
murió en el campo.
«Si te encontrases con el oleaje, ve ondeando
ora acá ora allá igual a como se acurruca un cachorro.
En el mar de Iuami y en la distracción.
Observa bien adentro tuyo...»
¿Qué más podría haberle dicho?

Mi amada esposa.
Pienso en ella ya tan lejana.
Vi por el oriente
que un fulgor surgía por sobre la pradera
Al volver la vista, la luna caía.
Ondeo mi brazo,
¿podrían ellos verlo?
Quiero llegar a su morada: allanaos, montañas.

Susurran las cañas, desasosegadas, en toda la costa.
Es la noche:
mezclada a la tempestad, la lluvia cae;
queda el pueblo cada vez más vacío;
y son los montes cada vez más lejanos;
y son los montes cada vez más altivos.
Es la noche:
olas adornadas de algas verde claro, gemas de costanera.

«No vivirás bajo el mismo cielo
ni caminarás sobre la belleza de las cosas,
de ese modo procreamos tierras.»
Volveré mi mirada.
¿Podrás dormir
sin recordar cada la mañana
el brillar del lucero?
Dejo caer mi brazo por sobre la borda.
El agua fresca rompe el reflejo de la luna
en mil lunas y sé qué vería
si me asomase.

Sobre mis espaldas apenas una capa sin acolchar
deshilachada como de hierbas de mar;
un montón de harapos

mi informe choza de bambúes.
Por las aberturas veo deslizarse las nubes
bañadas de luz de luna.

Igual a la vida,
blanca perla de nuestras dos entrañas,
de mi mano voló mi niño al cielo.
Caminos en la garganta de un pájaro triste
¿De dónde viene cuando nos viene un hijo?
Siempre ante mis ojos
y ni dormido cesa mi alarido.

Salté de rabia, pisé el suelo, grité y golpeé mi pecho.
De mi mano solté el espejo sagrado,
luego supliqué perdón a los dioses supremos,
y postrado recé a la Siempre Compasiva:
«Como es tan chiquito, no sabe el camino.
Toma mi ofrenda, diosa, y aúpalo hasta su destino.
Te doy mi oblación y te lo encarezco:
sin desviarte, llévalo derecho, guíalo hasta el cielo».

LAS PEQUEÑAS OPINIONES SON VACILANTES

No creo que puedas concretar tu viejo sueño de pasar por los claustros. Además, ¿para qué? Si es para tener la habilitación, es inútil porque no hay anillo que nos defienda de su sabor a prohibido. De nuevos olores, de nuevos sabores, nuevos temores, nuevas risas y nuevas preocupaciones.

Mientras, lejos de todo eso, quien recibió la carta escribe que no cree. Por ahora tengo un puntal en la frente, con palmeras, playas de arena blanca y mar lleno de peces de colores. Ya sé que mi ilusión no es completa y que ya nunca abriré el hueco en el muro. Este verano cumpliré 50 años; La muerte me desgasta, incesante. El poema es de 1960. El de Bowles no sé: es una historia complicada. Porque esas cosas pasan es que no hay anillo que nos defienda.

Las pequeñas opiniones son vacilantes, mientras más aprisa se dan, más tardan en dejarnos. El asirse nunca se duerme. Todos los sueños dejan de ser; un elegido de la vida también, pero no quiere aceptar la evidencia y hace como que vive.

Los amanuenses sufren a la mitad de camino. Todavía se acuerdan de cuando fueron innovados y felices sin saberlo. Los hacedores son libres por el dolor de no poder volver a las pequeñas olas de la vida, por el dolor de ser su propio dueño.

Autores de sus propias decisiones, nunca se puede quejar un hacedor del horrendo dolor de no poder volver a las diez mil cosas, ¡cuán confuso y múltiple lo hecho y lo realizable!

El paso hacia realizar la importancia del silencio en la mitad de ninguna parte: Mirar las estrellas y pensar que deben ser lugares de ensueño en los que no se cree pero sí se cultivan: un día terminar la obra.

Algunos creen haberla terminado, pero son los verdaderos protagonistas que viven la vida. Hay otros que actúan novelas que suponen escritas, o las extienden. Para ellos nada es fácil, pero tampoco nada arduo.

El asirse nunca se duerme: Todos los sueños dejan de ser elegidos del silencio más absoluto. Un tiempo para una obra basada en lo que no se cree pero sí se cultiva: un día terminar la obra.

Todos los sueños dejan de ser su propio dueño. Autores de sus líneas. Los hacedores son libres y por eso son esclavos de esas líneas. Los hacedores sufren y de ser puros, son puro sufrimiento. La caída los despellejó y ahora viven a la intemperie. Por eso hacen.

No hace media hora que resalté su sabor a cualquier cosa. Así puedo suponer que el protagonista del cuento ya ensartó a su compañera de trabajo y que de seguro habrá un número de veces en que repetirá la misma serie de cosas.

La cifra la sabía alguien. No me interesa más. Se secó todo el esfuerzo en esa dirección. Mis ilusiones se dirigen ahora a lugares más arriesgados, a terrenos más bien ilusorios. Pienso con agrado en qué bueno sería vivir descolgado de las ramas, y cómodo.

Creo que es cuestión de estar mucho tiempo en un auto y

ligar caricias en las bibliotecas. Acá hay algo: límites. Hay una línea de Verlaine que no suena bien. Estoy haciendo averiguaciones, en un futuro voy a desdibujar, voy a ir perdiendo contorno hasta ser lo que cuesta hacer.

Platear el sueño de vida con casi cincuenta años: me siento desubicado. Anoche soñé que era algo, no recuerdo qué. Era un sueño en otro, situación en particular ridícula. No sé por qué. Se me va ocurriendo la idea de que de acá hay que usar zapatos con agujeros, lo mismo en un auto que en la vida, nos está pasando algo que siempre nos da que pensar, y puestos a pensar, ¿quién no pensó alguna vez que quizá este sea el último día, etc.?

No hace media hora que se peleaba conmigo. ¿Cómo hice para estar allí en dos oportunidades? Le escuché decir que «urdiría endecasílabos» y que, mientras le sucedía podía cambiar de vida quedándose en lugares remotos donde todo es distinto. Esa frase que recortaste de él parece ser de Borges, un escritor ciego que gustaba decir barbaridades de una tarta de manzana. Y ahora quiero vomitar.

Voy a reencarnarme en un auto. Caricias en la frente, palmeras, playas de arena blanca y mar lleno de peces de colores. Ya sé, mi ilusión no es completa porque yo me llevo a todos lados. Siento ganas de abandonar. De abandonar no sé qué, las ganas de tomar un café, a más no llego.

Me encantan (literalmente) esas descripciones de lo cotidiano, como cuando me contás que estás haciendo café. La realidad me destruyó la fantasía: Estamos parados en una cerradura, qué portadas de libros ya no veré más, soy mi peor compañía, pero, como las ilusiones no cuestan plata mientras

no las quieras realizar, sigue la misma canción en todas las radios; la misma canción en todas las radios y la misma ropa en todos los cuerpos, los mismos deseos de Macdonald's y Compacts.

Por eso me gustan tanto las novelas de Donleavy. Ya no me interesan las cuestiones que tengan que ver con Dios. Ahora le escribo pidiéndole detalles concretos acerca de cómo hacer algunas cosas. Pero no hay trabajo y sí Ley, la paga es tan lábil que no hay como sentirse extranjero, ya dije, hoy no hay anillo que nos defienda.

Cuando es preciso estar mucho tiempo en un mundo cerrado en el que todo empieza —pura ilusión—, de nuevo, las pequeñas opiniones son vacilantes, mientras más prisa se dan, más tardan en irse. El asir nunca duerme. Este candor impresionante. Son las nueve de la noche; me marchó, ya es hora. No me juzgues duramente.

UNA CARTA

3 de Julio, Santa Coloma de Queralt

Desde una casa precaria, como puede serlo el mundo antes de terminar su ciclo. ¡Todo tan grande, tan firme todo...! Y sin embargo, así estamos, atravesados de tiempo y separados de distancia, teclas en los dedos, pulsando los mensajes que se repiten desde antaño, que es decir siempre.

Carajos, como decía el general Bolívar, un pollo espera que una torta se termine para hacer su irrupción triunfal en un horno que promete dorar su asquerosa piel.

Mientras, esto, con babas de inquietud ante la demora, que ya son las tres en la tierra. Como la justicia es de la alegría, que la gente sea de la hora y no soy tan rico como para almorzar tan tarde.

Pero todo se está yendo. Va quedando una estela, un vaho, una marca que dura lo que un pedo en una canasta. Alguien compra un sobretodo usado en El Rastro de Madrid, y cuando mete las manos en los bolsillos encuentra un papelito viejo y arrugado que dice en alemán: «Al dibujarte en la frente sabía que tu imagen iba a vivir la eternidad de unos minutos. Hay que dibujar en la puerta de la pared sin puerta. Siempre mañana y ¡ya!, apretó el gatillo.» Lo ordinario en que hemos caído. Pero quizá, mientras, se pueda bailar.

¡Tantas ofertas hay en la nieve que me plantaron! Se venden

pastillas de peluche en los kioscos. ¿Qué karma condena a mi vida? ¿Tanta sangre abrió Pizarro? Todos los caupolicanes hacemos nuestra rogativa. Alzamos los brazos, y como las vacas, de culo al Pampero, gritamos alto para que el cielo nos oiga: «Que sea esta mi rogativa: Olvidate de nosotros, deseamos vivir en paz.» Pero todo se está yendo. Tan sólo queda una estela, un vaho, una marca que dura la sombra de una mariposa.

No me van a comprar. Lo que sé y no te puedes imaginar ya. Lleno de vida. Con todos los honores, como alrededor de aquel 16 de mayo. Sí, lejos de que llegue agosto, ya comenzaron los vientos...

Desde una casa precaria, como lo puede ser el camino al paraíso, decía William Blake. Pero también se murió, como todos, que eso es lo que sé. También sé lo otro, que no me engaño. Mis mañanas son el esquivar de malos sueños y un qué le vamos a hacer, a medias resignado. La vida siempre pasa por otro lado. Y el viaje ya no es la solución. Tampoco los amables brazos femeninos, que en poco tiempo se transforman en garras desesperadas, pidiendo lo que no puedo dar. Nada cierra la rajadura de estar vivo, y por una vez hablemos en serio. Ya está.

Aún no tengo casa que habitar, y no sé por qué. Pronto mi remitente va a ser otro. Pero sí sé en qué voy a invertir parte de las horas. Solo me basta recordar lo que nadie puede dar: Nada cierra la rajadura de estar vivo, decía, pero por ahí mismo escapamos de a poco del agujero.

Entonces que sea esta mi rogativa: «Que la justicia sea de la tierra: 32 megas RAM, 8 gigas ROM, discos ópticos de

alta densidad, tarjeta de vídeo, pantalla página entera y 300 puntos de definición, y drive de dos botellazos de vodka se apuntó un tiro en la vida ¡y gatilló!

Como un chico delante de la juguetería, miro y miro, y lo que más me molesta es estar del otro lado del vidrio.

¿Dónde está Gilgamesh? Todo es ir. Y mientras, demoremos la llegada a Itaca, que la mente no entiende. ¡A la mierda abanico, se acabó el verano!

Bajemos del árbol, miremos las flores sin cortarlas y también, por ahí mismo, escapemos de a poco de este agujero. Siempre con humo en el aire, ese modo de decir, de dibujar, imaginar ¿es construir imágenes? Y mientras, algunos bailan. ¡Tantas ofertas fabrican simulando vida! Lo que cuesta es despegar de este playón estando embreado.

Algo como decir: «Hermano, no tengo más casa», y no sé el porqué de esta alegría tímida, chiquita, oculta. Como un beso atrevido, plantado medio en el cachete medio en la boca por una amiga atrevida. Y, sí. Bajemos del árbol, miremos las flores sin cortarlas.

El corazón acelera y, por eso, atención y compasión, como graznaban los pajarracos de la toldería. Es hermosa Madrid. Me da los últimos soles de mi vida, decía en aquél papel.

Todo es ir. Y mientras, demoremos la llegada a Itaca, que la mente no entiende. ¿Qué más podría contarte que no te lo puedas imaginar ya?

OTRAS CARTAS

5 de octubre, Valença

Desde el pequeño puertito tomo una lancha que me lleva a la isla y de ahí camino al morro donde viven italianos y negros y ese su andar salvaje yendo al mar.

No quiero irme, el sólo pensar me produce angustia. El desearme es de nuestra edad. Ellos son demasiado comunes para tal lugar y ya sé lo que veo –también sé qué pensarías, ‘ilusión’.

Pues esta me sirve. No pienso en nada durante mucho tiempo. Feliz. Risas de bahianas tengo a mi alrededor. Hablan y hablan. Y fijate, ya son las cinco de la tarde y se supone que me esperan en unos momentos más.

Todo el trayecto de una Verdad, de esas definitivas una vez que se encienden y apagan. A veces ¡tanta maravilla!

¿Sabés?, hace unos días recordé aquél concierto en un cine de barrio, cerca del Tigre. Me acuerdo de aquella pepa; nos tuvimos, pero ya era tarde.

A veces me callo porque aprendí que mis semejantes se inquietan con un enorme living vacío por completo. No sé por qué te comento esto. Por la distancia que nos tomamos y que forma parte de lo que siento. ¡Es tan agradable querer! Algo aprendí, ¿ves?

Quizá porque es domingo. Unos cuantos días después se abrirá el paréntesis. Como nos decían en Fenomenología, ¿te acordás? Que lejos me parece todo aquello. Ya está archivado con otros nombres inalcanzables.

Me quedo pensando y revivo una serie de recuerdos blancos, ¡tanto sentimiento! ¿A dónde irá todo eso? ¿Se reciclará como el agua?

Si te hablase de mi pensar, huellas en el piso de madera. Me puse talco en las patas, deduzco. Eso es todo, no te rías.

Me acerco a los 17, pero sin aquella inocencia. Vuelvo a leer tu carta aunque yo ya no esté más acá. No sé qué será el futuro —de todos modos, me dura muy poco.

Pegada mirando estuve 4 días en Río, donde conocí jóvenes; increíble su humor y gusto agradable, algunos morros por los que he andado garrapateando. Sí, ya sé, no me retes.

La buena señora del taller me da culpa. A veces alguno queda detenido y escucho como ronronea. Después arranca y se va, como en estos momentos que hablan y hablan. El sonido por momentos (borrón).

Y pienso, qué tarados. En su mayoría milaneses que les mandan plata sus padres. No veo rollo con eso.

También yo estoy procurando plata para moverme más, después de 15 días voy a andar vagando por Río, tengo que ordenar mi mente para poder manejarme mejor. Debiera quedarme más tiempo en Brasil. Pero me cuesta. Siento culpa.

No agitarme en alguna actividad productiva me da mucho ánimo. He de contarte, me los llevé, a él y su perro siberiano, a pasear dos días a la deriva. Increíble como uno puede olvidarse. Lo que haya de bueno en mí se los debo.

Dejó de llover el sol. Corre un aire fresco con olor a lluvia muy agradable. Por debajo de mi casa, lejos de mi casa, lejos de mis cosas. Hay una novedad: en un florero (una copa alta, en realidad) un pimpollo azul, lo rocío con agua y le hablo, tengo que volver, por Marina, y el no sé qué pensar sobre el hacer,

te pienso y te saludo,

Cristina

12 de noviembre, Valença

Tomo una lancha y no sé qué gesto en mi cara hace que mi vecina de asiento me susurre que soy una pretenciosa y ¡agradezco!, me impulsa a sonreírte desde tan lejos.

Te escribo como si me hiciera responsable y dijera la verdad: es culpa mía, pero no encuentro correspondencia.

A mí todavía me duele el alma de la gente, no soy conciente de mi caída. Ya estaba ebria y partida de estar pasando por lo mismo.

Y en la realidad dejé de funcionar como un tesoro al ver las vueltas inesperadas y de tanto quedar alejada, lejos.

Quizá en unos libros que tenía empezados pero quizá pronto ya no esté más aquí. Retiro lo dicho, a mí no me alcanza ni para disimular siquiera, y ahí ando, paveando por la ventana de la afanosa actividad.

De la única manera que escribía era yéndome a la mierda; viajamos juntas al culo del mundo, sí, con ella, cuyo gran entretenimiento es cogerse a cuanta negrita tiene delante, y tomar cerveza hasta quedar dormida. En fin, lo único que me dio, \$5.-

Vuelvo a ver un recital de Spinetta en el florero, lo rocío con agua y lo miro. Es bordó, irrumpe en la (isla de Gilligan). No, no quiero salir. Un tiempo más y ya nada se puede ni es, ni es práctico, y así se debilita mi creer.

Otro día

—tengo casa por tres semanas, una piecita. Difícil sin plata, pero esto: estar al sol de las palmeras y brisa. Mar, tanto mar. La vida me da un tirón cuando recuerdo, pero después el vino, el trabajo, vendernos con una amiga. Un problema menos. Y el cielo me ayudó. Un día vino toda compungida porque tenía que inventar laburo a la pasada. Cuando murió comprobaron que eso que llevaba no eran poemas en el agua.

Si te digo que siempre encontré mujeres divinas, es lo que digo. Sigo soñando, ¿será posible?, como a los ocho, como cuando niña, pero estaba pasando una muy mala y tiré de una sogá —y ahora sé lo que tenías guardado como un tesoro, y ver las vueltas inesperadas hace que...

Me hincha la pelotas que sea lo mismo de siempre; y, a veces, creo que voy a contar los cuentos que ya tenía, etc., etc., que acá no tenemos machos mexicanos pero los locales se las traen también.

Masco un pan duro y viejo acompañando un trago. Recibí carta tuya en la selva, increíble. Me encantaría que puedas ver lo que es una señal. Y del otro lado del libro. Hasta hace unos días fui. Una vez por semana, con mucha vergüenza. Ayuda a sentir esta rabia y esta pena.

Hoy me entregaron carta tuya. Tenemos dilatada la comunicación que se va, como de Inglaterra por la vida, como yo, imaginándome protagonista, como esta hormiga desde mi azucarera hasta su casa. Total, a los 30 años tan ignorante como a los veinte...

Compro un pimpollo de rosa, lo pongo en un cine de barrio, cerca de el Tigre. —Me acuerdo de aquella vez que se comenta aún con vergüenza.

Y ahora lo que rodea no tiene luz y mira al mar dentro de la naturaleza y que es como si se detuviera todo.

Pienso en vos, imagino que estás bien con tu mujer a pesar de vos, de tus talentos. De chico ya te dolía. ¿Qué hice con los míos? He logrado que algunas personas me quieran, pero también logré que esas personas sufran.

Sé cocinar arroz, pienso mientras revuelvo la cacerola esperando que esté a punto para sentarme a cenar. El entorno es el mismo de siempre; y, a veces, creo que voy a quedar para siempre de este otro lado.

Hace unos días, vaya a saber por qué, sentí que estaba muy cerca, el armazón que las cosas me están dando: como ya trabajo despidiéndome, hago cagada tras cagada...

No sé qué fue lo que nos pasó, ¿te acordás? Sólo que no te gustaba más que mirar esa langosta en un costado de mí.

Quiero quedarme acá por más tiempo, tengo muy poca plata, vivo de... las cartas.

Y pasaron unos días en que sí, la naturaleza lo fue todo. Pienso y eso ya tiene algún mérito, algo que fomente el deseo de escribir, digo, porque este retozar entre piel y piel ya viene muy solo.

Tengo que hablar con Blanca. Me voy a vivir a otro lado. José no me escribas porque cuando llegue tu carta ya no estaré por aquí. Hoy no sé qué será el futuro.

Pegada mirando, pareciera una película que va sorprendiendo, una y otra vez vuelvo a caer, lo mismo.

Pienso y siento náuseas. Vuelvo a leer tu carta. La solución era un poco: «¿Qué he hecho de mi propia vida?»

Todos tienen ya de todo, y las cosas que se me ocurre escribir resbalan, al contarlas a la gente de enfrente me vuelvo consciente de mi propia vida y resbalan, José, se me caen.

Pasan los negros por mi vida, imaginándome protagonista de una Verdad, de esas definitivas y, una vez que los veo, cambio las cosas, les encuentro errores, me quedo pasmada, ¿cómo no había visto antes eso que me voy a tener que decir? No me dejan estar mucho tiempo Feliz.

Risas de bahianas... Como una cachetada, un pedazo de pan, un fierro viejo y oxidado... Tu carta, el percibir tu cariño que tanto me cuesta. Leía el otro día de mi propia vida. Todos tienen algo y no es tan bello ni simple tener nada.

Yo también sé que pensar. Y he de ir pensando en qué me pasa. Estoy contenta. Incluso me noté inquieta, tan así que lo más probable sea terminar vagando, quizá a Río, tengo que sentarme a ver cómo puedo mejorar, y de eso también me estoy yendo; a veces hasta lo noto.

Anoche miraba una langosta dormir una siesta tirada en el camino. Con tanto negro paso por gringa, italiana, francesa.

El Lugar hace que pueda estar sin tener qué hacer. Lo que me pasa no lo puedo disimular. Y ya me está pegando —ya se lo que viene, la película que va sorprendiendo una y otra vez.

Me río pensando en que surge de un tirón cuando recuerdo, pero después viene el trabajo pesado. De esos recuerdos, armar una historia que pueda estar sin tener que decir algo.

No puedo un tiempo feliz ni muy entretenida. La típica novela de turno. No es mi estilo, pero sí lo que necesito cuando la veo, me quedo pasmada de cómo no había visto antes eso que almacenaba.

Me digo que qué carajo me creo, a ver si me hago responsable y digo la verdad: es culpa mía, no sé qué pensar —no necesito de nada.

Miro tres niños jugar en el camino, ¿qué más puedo decirte? Con todo lo que has leído, parece ser que recién después de dos úlceras, etc. etc.

A mí no me va a ser posible este sueño. Es bordó, irrumpe en la realidad y me guardo en la historia y vivo ahí de manera más intensa que de ahí en adelante. Tengo que dedicarme a otra cosa. Como ahora, que leo esto y me ayuda aunque me haya ido.

Y las gotitas de rocío, tan ignorantes que quedan pegadas, a los pétalos, brillan según les da la luz y, según las mire, puedo sentir que palpitan en un costado de mi sombra.

Es como a los ocho, como fue a los ocho, como pétalos que

brillan según les da la luz y, te juro, puedo sentir que palpitan y cómo toman su forma. Las gotitas de rocío me acercan a los mandamientos y ya los veo como consejos, y así entiendo que tienen razón.

Es como que ya pasó, pero velo así: es una boludez, pero es lo que es. Me di cuenta: es un enorme living vacío. No sé qué responder. Y aunque no lo creas sos lo que más quiero.

Cristina

MISTERIOSA VIDA SENTADO AQUÍ

Misteriosa vida. Sentado aquí la fácil alegría. Si fuera otro ¿quién miraría detrás del espejo? Unos años atrás esto era pura maravilla y no saber, y descubrimientos y potencia. Años atrás, claro.

No tengo una dirección, sólo he escrito cartas. Termino de leer y quedo decepcionado. ¿Cuáles los límites del tablero? Hace falta definir primero el juego. Hay 'éxitos' del mismo modo en que hay 'historias'. El músico aclamado. Su 'éxito' nos confunde y creemos que es ficticio porque el juego está diseñado: número fijo de casilleros. No es lo mismo que en una novela sin comienzo ni fin.

Sólo he escrito cartas. Lo mismo que en el mar. Así también ocurrirá conmigo y mi estela, haga lo que haga. Entonces, a qué las preocupaciones por cosas mundanas. Quizá para no ver lo perenne. Lucha, desgaste, muerte y olvido.

De noche bajo el sauce parece muy sola mi hamaca. Todos duermen, todo duerme. Enciendo poco una lámpara. Mi escritorio. Sobre un papel a un costado, una serie de anotaciones tratando de dar con una intuición que siempre escapa. La inteligencia como un atajo. Pero para mejorar el desastre. No todos podemos jugar al mismo juego.

Amanecer de la mañana del lunes. Todos duermen, mi corazón o 'no sé qué', se sacude como las ramas del sauce y tengo que ir a la cama. Pero no es así, quizá la noche sea un atajo real; depende de lo tarde que sea para algo que no sé siquiera qué es.

Suenan las campanas de San Román, comienzan un fuego en el solar de enfrente. Y todo es con respecto a una meta establecida, fabricada. A la intemperie, al contrario que en un juego de ajedrez no hay un fin, no hay reglas, las fichas no mantienen su valor; nada mantiene un sentido.

Los hay momentáneos, párrafos en una novela sin comienzo ni fin. Quizá simplemente me he equivocado, quizá he intentado construir sobre arena con más arena. Una abeja cuando olvida qué es, vuela y choca con los árboles. En todo caso mi ir a la deriva ha dejado una estela, o al menos lo he intentado, aunque sabemos qué ocurre con la estela en el agua.

Pero
no
por qué.

PAISAJE DEL CAPIBARIBE

(Como traducir a Joao Cabral sin saber portugués)

I

La ciudad es atravesada por el moho y los líquenes. Algo del estancamiento del hospital, la penitenciaría, los asilos y la paja estéril de su cháchara.

En la paz redonda de las cocinas se las ve remover con vicio sus calderas de holganza viscosa. ¿Sería fruta de algún árbol el agua de aquel río? ¿Por qué, aquélla, parirá un agua madura? ¿Por qué entonces los ojos vienen pintados de azul en los peces?

Nunca se abre a los muelles (donde todo es una inmensa puerta) abiertos de par en par a los muelles, abiertos de par en par a los hombres sin pluma.

Éstos se secan más allá aun de la copa de agua, del agua de la magra ciudad de adobe, donde hombres huesudos, donde puentes, chabolas huesudas (todos van vestidos de tela cruda) se secan más allá incluso de la lluvia azul, de la brisa en el barro; de casas de barro y barro.

Mas antes de ir al mar el río se estanca. Sus aguas entonces fluyen más densas y lentas; fluyen como las ondas densas y lentas de una fruta y es más espeso que su simiente; como una espada de líquido espeso. Como un perro asesinado. Un perro sin plumas.

Al igual que el río era un cachorro, como el vientre de una

cobra. Él tenía, entonces, algo del estancamiento de un pájaro en el aire. Es cuando las raíces de un hombre se espesan como una isla, una fruta.

Nada sabía de los cangrejos de lodo y herrumbre. Sabía del barro como de una cachorra preñada, el río fluía como una espada de líquido espeso. Como un perro vivo bajo las sábanas, bajo la camisa, bajo la piel. Un perro, porque vive es agudo. Lo que vive no se rompe en espejo. Allí se pierden como se pierde el agua del río.

¿Por qué aquélla parirá un agua madura? ¿Por qué sobre ella siempre parecían ir a posarse las moscas? ¿Saltó alegre aquel río en alguna parte? ¿Fue acaso canción o fuente en alguna parte? ¿Por qué entonces sus ojos vienen pintados de azul en los mapas?

II

La ciudad es fecundada por aquella espada que se estabiliza. Al fin, la vida triturada y sin disolver (en aquel agua blanda que ablanda sus huesos como ablandó las piedras).

III

Por entre el paisaje (fluía) de hombres plantados, el fango; ahí donde la piel empieza, en el río con otros ríos. Juntos, todos los ríos preparan su lucha de agua parda.

Júntase el río y el mar y su incienso, el río es un cachorro que teme a una puerta abierta; el mar, con afán, está otra vez lavando ese siempre su puro esqueleto de arena.

El mar y sus ácidos. Debía saber de los cangrejos de lodo y herrumbre. Sabía del barro como de una fruta; la misma fuerza invencible y anónima de una fruta –que sigue elaborando su azúcar una vez cortada– gota a gota hasta el azúcar, y ese azúcar alcoholizado que me acerca hasta una nueva planta, hasta las islas súbitas aflorando alegres. Abiertas las puertas.

La ciudad es atravesada por el río que crece sin reventar nunca. El río teme como un perro. Un perro, porque vive es peso y real. Como una manzana es espesa. Como un perro humilde y espeso. Como una manzana es mucho más espesa que una gran presa, como el río que se le bebe hasta el susurro.

IV

Duerme –dicen– en el agua. Sabía de los senderos guachos en su luz por donde se fue arrastrando. Algo del estancamiento del hospital, la penitenciaría, los asilos de la brisa quieta en un frasquito; paisaje de anfibios de barro plantados en islas coaguladas en el fango; dónde la piel empieza en el río con otros ríos. Juntos, todos los ríos preparan su lucha de agua parda. Mis ríos de agua parda. Mano deltada corazón entre el barro.

Júntase el río a estancarse. Sus aguas entonces fluyen con la pausa densa de una cachorra preñada, el río se detiene en mangles de agua parda; su lucha, de fruta parda por fin quieta dando su azúcar para que todo siga, para que todo vuelva a comenzar, como el dedal que empuja, como el sol que empuja y el río al fin se detiene.

La ciudad atravesada por el río está dentro de una rama de

árbol. El sol se levanta y desciende formando un círculo. El cielo es redondo y he oído decir que la ve. Espesa, es aun mucho más espesa. De ojos espesa. Como de gamo espesa.

Cuando vemos que se alternan el día y la tierra o del fondo de los pájaros, dispuestos siempre, empujados al fango, al acuoso paño sucio de los pájaros, el árbol floreciente era el centro vivo del círculo. Tierra redonda como una espada de líquido espeso. Como un perro vivo dentro de una luciérnaga. Lo que vive incomoda de vida al silencio, el río crece sin reventar nunca. Tiene el río con otros ríos, juntos, todos los seres como el interior febril de la mujer que habita las ostras.

Aquel río es donde ellos se pierden porque no se sientan ni reposan sobre él.

Todo lo que forma el poder del Universo se hace de torbellinos y los pájaros hacen su nido en círculo porque tienen el mismo origen. El mar es una bandera: cuando los bosques se estremecen bajo el viento, no tenemos miedo. No más miedo.

COMO QUIERA QUE MEDIANTE LA GRACIA DIVINA

Como quiera que fuese, mediante la Gracia Divina y la interioridad del vortex, bajó de dicha gracia y en ese momento subió al tren alguien que no estaba yendo a ningún lado que sólo estaba paseando de aquí para allá y, milagro, fue suficiente su implicación.

Estaba sentado junto a una mujer todavía joven y muy triste que intentó varias veces leer en mí como en un mismo párrafo, pendiente de otras ideas que no coincidían. Miré hacia otro lado y vi más de esas casitas pobres trepadas a palos flacos y pequeños puentes y cómo la ola acostaba los juncos y todas esas casitas pobres trepadas a palos flacos, algunas cuidadas, otras abandonadas y derruidas y la niebla sobre el nicho de la literatura japonesa y así seguimos hasta entrar de nuevo por donde aparecieron barcos abandonados medio hundidos en el dolor del pesar de la Vida. Ese dolor.

Una historia íntima nos podría contar que iba alimentándose a expensas de las ideas más débiles y que su volumen crecía por saltos. Crecía como crece el alba. Es imposible ahora aproximársele porque se ha instaurado el vacío de tiempo y así sufriente seguirá hasta que la Divinidad acceda a un descanso que hay en la otra vida, con planetas y dioses en números increíbles; pues hacia allí apuntaba, él, que no sé qué parecía.

Recuerdo. Era un muelle con techito. Allí había sentado un señor y un cuzco que se refregó contra mis zapatillas me lamió las manos y de ese íntimo contacto fue que se me ocurrió que debía seguir viajando. Había llegado a la Zona y la

tierra como seminario de ésta, espacio que no puede ser comprendido sino bajo forma humana, y que está relacionado con todo lo que ha padecido la Zona. Nuestra zona.

Mi mamá es italiana, me dijo el señor, ni bien subimos a la lancha. Cuando el guarda, una mujer, le pidió el boleto él le sonrió. Ella asintió, marcó algo en un papel y con cuidado lo dobló y volvió a su bolsillo. Asomado llegué a ver a unos árboles sin hojas como castigados y después unas lajas y vi más, una lancha muy larga y vieja que era toda la tristeza de las cosas y que seguía por el delta marrón cargando la pena por lo que había visto; y sin dejar de mirar por la ventanilla me puse a hablar con él.

Durante un tiempo charlamos y en una parada el patrón me dijo «Es acá, muchacho», y bajé en un lugar en donde nunca antes había estado. Y decidí con inesperado alivio que allí había algo para mí. Específico.

De algún modo volví al muelle con techito. Allí seguía sentado el señor y el cuzco que volvió a refregarse contra mis zapatillas y a lamer mis manos cuando las bajé a acariciar su raída cabeza. Y a modo de introducción, miré al señor y le dije que se me había antojado pensar que ya nos conocíamos. El sonrió y le dijo algo al cuzco, sensato, palabras de ese material que no se aprehende a través del telescopio, algo que es pura apariencia, la adquisición de un cierto conocimiento. «Qué curioso que todo un cielo sea formado de una múltiple raza humana; entusiasmo de un Dios. Padre.»

Y pensé en aquel momento, un perro plantado en el ayer quedó tropezado. Y tuve paciencia para abrir el libro y así me senté con ellos y escuché un rato más.

«Los que no son idólatras reconocen al Señor como al único Dios; pues ellos adoran a la conclusión romana y olvidan la vida y no recuerdan la noche, ni la niebla sobre el lecho del hijo de la labor, por los ruidos espeluznantes de ciertos intentos de equilibrio, impuestos por la fatiga de la raza humana» y todo era coincidente con ese atardecer y el cielo roto en la ola que producía la lancha al acercarse, la ola que acuesta a los juncos.

«Toda la gente que yo conozco puede instruir al hombre si éste abre su alma, habla y persiste en su propio eje, como lo hace la escarcha». Me recliné sobre la baranda y miré lejos en el agua y de nuevo aparecieron los cascos de aquellos barcos abandonados, hundidos a medias, sus cascos asomando a media agua en el Japón.

¡Quien pudiera sintonizar todo esto! También escribí en mi pensamiento, «Siento y sigo callado, he sufrido afrentas y en silencio. De todos modos es inútil: cuando se ve a través de alguna idea que habita cerca de su propio volumen, se crece por mérito propio.»

Y pude soñar ya libre en mi lancha. Lo vi. Es imposible ahora aproximársele porque se hace vacío en su tiempo hasta ser apenas un medio para la existencia. Tan claro, lo vi.

Bajo el precipicio vive el viejo ermitaño; pino y bambú trinan su vivienda. Pájaros de todo estilo asombran al amanecer y por la lluvia fina como niebla de primavera se entreve cómo el dragón del cielo se abalanza hacia lo bajo; las nubes se levantan para formar su tronco, del mismo modo en que el tigre vuelve a su canto a rayas. Lo vi y vi su quietud en el canto de una oropéndola justo cuando la niebla se espesa.

Había escrito en una piedra:

*¡No viene nadie hasta aquí!
Suaves descienden nubes blancas,
oh, tan suaves, cubriendo con su velo el musgo verdoso
con que los pinos han alfombrado la tierra.
Enmudecida la brisa ligera abanica mi saco de caminante
alentando sueños.
Tintinean, centellean riachuelos del monte
recordando el laúd del cortesano;
giran y se estremecen las hojas de otoño
esparciendo oro sobre el río.*

Pero en ninguna parte de su ritmo me fue develada la imagen. Tintero delante. Pincel delante. Más hacia acá papel muy limpio. Al lado derecho, agua natural y la tierra que no tiene adentro. «¿Nacer y morir para nacer y morir...?», había escrito con finísimos trazos.

Como el tigre que vuelve de su sueño solitario, seguí contemplando. La niebla se volvió espesa, los pinos enmudecieron la brisa que ahora los abanicaba. Como quiera que sea, lo que vi fue apenas explicado y en consecuencia me he permitido hacer la descripción más débil en su propio medio.

«Se permite a algunos espíritus vagar e incluso pasar de este sistema de soles», me dijo con una media sonrisa. Lo que terminó de convencerme de que él no quería que yo conozca su Divinidad, no como a un ser invisible, sino visible; por esta razón, además de otras, cuando la lluvia fina como niebla de primavera se centró en un vado y la explicación no fue tal, desperté: Cuando la obra está cumplida, retirarse.

Favor y desgracia son para temer. Exceso de aquel lugar que no sé qué parecía. Yo miraba al río. Un poco antes de verla escuché la lancha y su ola que acuesta a los juncos y todas esas casitas pobres trepadas a palos flacos.

Hasta en un mismo párrafo pendiente no sabemos el gusto de otras ideas ni de los votos aún ligados con el momento. Yo ya no era posible.

Arriba, perdida se yergue la Calidad Mágica inclinada sobre el suelo. Quien habita en estas colinas poco se afana por el delta marrón y se aleja sintiendo mucha tristeza por los barcos abandonados medio hundidos en el horizonte almas adentro. ¿Qué puede herirlo ya?

Era cuestión de que el Dios se sirviese de sus últimos apetitos para su nueva esperanza de perduración; se envenena sólo para que todo un cielo quede formado en una raza. Y a todo brinda el mismo color sin límites, para apresurar al máximo su propio insistir y estar.

Rayos de luna y el dulce pulso de letras bajo el brazo, hasta recordar todo lo escuchado. Salvo una cosa: de sus páginas salían manchas. Y cuando intenté leer las tapas, estas, las manchas, me fueron develadas, y en consecuencia me fue permitido hacer la descripción. «Se cauto, como quien teme sobre un risco, como el viento que pasa pulcro por entre los árboles; puede ser lo último que registres.»

Quiero habitar este valle solitario y buscar sentimientos de otro mundo. Desde lejos, el paso de la piedra labrada apunta adonde se allega el delta marrón, los barcos hundidos, los astilleros abandonados el olor casi a podrido.

Y me fui a un banco que había en la otra ribera y me apresuré a sorber de los rayos de luna y el dulce tañido de la hierba silvestre, y de todo cuanto oía de la Vida. Esa historia íntima que nos cuenta y que va alimentándose a expensas de las montañas lejanas.

De pie donde borbota el agua, ahora levanto mi flauta. Niños inmortales se juntan en la mente. La verdad se tiende, entonces, ante mí. «Suaves descienden nubes blancas cubriendo con su velo el musgo verdoso, y aire fresco entre los pinos enmudece a los pájaros, una brisa ligera abanica mi saco de caminante alentando sueños». Y comprendí por qué es imposible ahora aproximársele, porque se hace presente, miramos y no entendemos; vivimos y no sabemos. Los unos de los otros.

Las palabras verdaderas no parecen verdaderas. Desde el noser el sabio realiza grandes cosas y otras más ridículas aún. Yo, que he visto y oído, yo, miraba al río y me preguntaba ¿por qué este castigo, esta restricción absurda?

Bebí de tal vino y borracho de él sonreí y le dije: «No tienes forma, pon tus ojos en lo que digo, no hay nada disparatado en absoluto».

«No te vayas», me dijo. Y contesté que era igual, el no saber es como no contentarse. Cuando la inteligencia no se hace presente miramos y sabemos del gusto de los planetas y que la escarcha es lágrima detenida.

A los sabios les gusta jactarse de inmensa longevidad, pero diez mil años de vida pasan como un relámpago.

VIOLENCIA DE CIUDAD

Lo que alcanzó a distinguir le dio un poco de ánimo en el declive y le ayudó a tomar la decisión. Se paró sobre los pedales de su bicicleta y tomó velocidad. Pronto estuvo cerca de la incertidumbre. La mayor amenaza: el colapso y la desintegración. El temor real. El peligro a veces exagerado.

Sí, el temor es real. El peligro, aunque a veces exagerado, es imaginario. ¿A dónde tiran los desechos los enfermeros? Con esa idea en mente corrió a los perros durante mucho tiempo.

Quiso espantarlos y terminó siendo el primer alimento fresco que comían los perros en mucho tiempo. Nadie dijo nada, no lo reconocieron. Sus restos fueron juntados a dos apéndices, un trozo de bazo inflamado por el cáncer y un pulmón cubierto de flema, lo único que no comieron los perros.

Ya sobre la vereda extendió un brazo para arrebatarle el bolso. El libro estaba forrado con un nylon y contenía párrafos enteros subrayados y comentarios al margen. En el lomo una etiqueta mostraba que en la biblioteca había sido clasificado como <2 CL>.

La vieja vio venir la bicicleta y se afirmó en su miedo. Y así fue como ambos se estrellaron contra la verja de la incertidumbre. La mayor amenaza. El temor real, eso que decía. Esos enormes tachos de basura que dejan afuera, ¿qué tienen? ¿Cuántos kilos de carne por día se decomisan en esas

carnicerías humanas? La calle suele dar un poco de asco. Salieron despedidos por el movimiento aikido de entre sus piernas, pero él quedó de pie, como aferrado a la verja esperando no sé qué, que lo dejen entrar. Y la cabeza estrellada comenzó a sangrar, a medida que el cuerpo del joven se sacudía con espasmos muy suaves. Como si quisiera desprenderse de su campera a todas luces inútil ahora que ya no hacía frío.

Resbaló la bicicleta y tuvo miedo. «¿Por qué algunos se entretienen rayando los libros?». Nadie le pidió explicaciones. A *Portrait of the Artist as a Young Man*, escribió en la baldosas y giró su cintura.

La vieja se compuso del susto, se levantó del suelo, sacudió sus ropas, recogió su cartera; pasó al lado del joven y escuchó un suave gemido. «Aaaahh... Aaaahh...». Debiera existir una decisión práctica para cada caso particular. «Jodete hijo de puta.» Sin mirar más que por el rabillo del ojo, siguió caminando.

Además el muy gandul parecía haberse cagado. «Dos pesos. Valía tres, pero ya ve, está todo rayado». Escritores de Dublin. Tanto tiempo en el exilio. Darcy Dancer. Si supiera.

Existe la necesidad especial de proteger el futuro contra los intereses de corto plazo que impone el presente. «Jodete hijo de puta.» Sigo escuchando. Una firma decía algo así como «M. Inés Gaño - 4º Año. James Joyce fue Stephen Dedalus. Good bye Stephen, good bye». Afuera del correo, sentado, en el momento justo.

Quienes se dirigen al público tratándolo de vos, de inmedia-

to me maldisponen. Meo y decido lavarme el pito con agua y jabón cada vez que leo el Clarín. Las manos también, claro. El diario que hace futuro a diario. El suyo.

A un costado del correo, a un costado, sentado en el piso, un chico llora. Tiene la cara cubierta con sus dos manos y llora su cuerpo flaco se sacude. La gente mira. Los viejos no tienen futuro. Sin la pesada carga intelectual del pasado. La era del pragmatismo lúcido. Lúdico.

El chico sigue llorando. Está bien vestido, limpio. Un joven que estaciona una gigantesca moto se le acerca y le pregunta qué pasó. «Me robaron». «Dónde vivís». «En Monte Grande». «Tomá plata, volvé a tu casa». Me reconforta como un abrazo en el piso.

Sigue llorando, la cara cubierta con sus dos manos, algo no volverá a ser como antes. Lo irremediable llora. La gente aminora el paso, algunos se detienen y miran. Entro al correo con mis tres cartas. Una a Francia, otra a Inglaterra y la última a Bab el Mandeb. Intolerancias.

Despacho mis cartas. En otra sucursal me cobraron distinto. No sé por qué. «¿Cansada ya?» Le pregunto. «No, todavía no», me dice y ni levanta la vista de la bicicleta.

De esas voces de control debemos escapar.

DE ESO NO SE HABLA

Los hechiceros curaban algunos males, y no voy a aprender porque ese mismo intento ya es torpe. No hay consuelo en caminar por la vereda y caminaba con esfuerzo por seguir una línea recta, decidiendo qué me iba a aplicar; la droga tenía un efecto colateral molesto, me ardería en el camino y tampoco podría llegar. Terminé vomitando en casa, apenado.

Ahora te llamo y tampoco tengo suerte. Me sorprende no haberte encontrado nunca en estos años. Se escucha una voz como desde un susto, ya grande y vacía al costado de su miniatura y descubro las piedras, las montañas de ahí delante, que no tengo ganas de tocar. Cada vez más borracho, no puedo disfrutar. Así me sentía. ¿Soy un error?

Una tarde en que estás 'luna llena'. Sólo tus ojos brillan y de las obviedades que enseñaban los maestros. El paso de un papel escrito –para su mayor comodidad– por alguna eminencia, alienada en cuotas de vídeo-caseteras, autos y demás chiches que le dieron trabajo. Qué papelón, no cuentas nada... Ahora sólo me queda tu piel. De tan solo, me queda sólo tu piel.

Estoy enfermo. Condenado a obrar. En el salón Inés se me antoja que es como da los besos y yo creo que son mi piso; después, la mesa –pesada, llena de marcas–, el papel, la pluma. Me aterra seguir para siempre con la mirada perdida en su nube marrón.

Hordas de chicos corren y es apenas un pasillo. No sabía que estaba cantando, que estaba jugando. Ni que terminaba tan pronto. Estoy al sur de mí mismo, estoy casi despierto y duele. No aprendí a pronunciar... (Y también sé que me separo de dónde estoy viviendo).

Le digo que vengo de Serrano, veo que han cortado el tránsito y las lucecitas rojas y blancas que pasan sobre el puente... No estaría mal poner un bar y así, por lo menos, ser uno más de tus ex-amantes.

Termina el año. Empezó diciembre pero el termo aunque humea no se cierra, mi ventana no es más quien era, ya no quiero saludar. Me quedo charlando con Aleja, tratando de no dormir. Los tarados que deambulamos por la vida somos una novela sin comenzar. Todo cuanto digo es mentira, un cuento de gallegos que es japonés, ya no sé nada de las cosas; pasan. Aunque sospecho que ni siguen, ni pasan. Trena, pasa un tren. Esta noche se festeja fin de año.

Temprano empezamos a hablar, porque ahora somos más grandes y entendemos de cosas que aprendimos a fuerza de hablar; deriva el tema en literatura, el vacío, las diferencias entre quienes son jóvenes ahora y una época otra de la que se duda. Pero no va a sobrar atención como para ver si se transparenta la tinta detrás del papel.

Explosión de petardos, algún ladrido lejano. En el salón Inés se me pasó. Seguí hasta recobrar mi natural ritmo enloquecido por llegar a ningún lado. Me recuerdo sentado en el piso.

Recibí un folleto de American Express en el césped. Ya está clareando; mordisqueo unos cuadraditos de torta y me pregun-

to por qué pelear tanto a la naturaleza, palabra cursienta. Yo soy el que no se cierra porque sabe que no sabe, el que duda y hace descargo de sus hermanos, leo y vuelvo a leer lo que deseo llegar a querer.

Me recuerdo sentado en el patio. Me siento frente a este río oscuro, medio podrido, quieto, muerto, bordeando una ciudad de tarados con reconocimiento público y los pocos inocentes se apoyan en rincones sin saber qué hacer. ¿Qué querés que escriba hoy?, es de noche y debería desayunar y no hay qué. La ventanilla de la Juventud, Radio Copec, Tardecitas Pampeanas, pulóveres tejidos a mano con dos lanas; la motoniveladora, el camión regador, ¿dónde están?, ¿dónde estoy? La tarde en que estabas 'luna llena'. Sólo tus ojos brillaban y de esa manera, era más natural mi natural sombra.

Arruinaba atardeceres escuchando esto que es mío. Todo el mundo encaja, choca. No me interesa jugar, me aburre; me avergüenza mi mal trazo, el vuelo triste de los bares.

Está puesta en la vena de mi mano derecha. «Levante su brazo». Y ahí sentí el ardor. «¿De qué se trata el estar vivo». El paso por el barco. Me distraigo con el chorro del bidet, fabrico una lluvia y miro el techo. Está lloviendo, me digo. Pasó la mañana; me levanto y paseo por la ventana. Toda mi casa parece distinta. Me quedo charlando, tratando de no ver nada. Y me preguntás qué es lo que deseamos para nosotros. Tengo que poder apagar el televisor. (Esto que anoto no tiene palabras. Hablo y miento. Mi modo de armar el mundo me pregunta. Mi vida se transformó en un costado y me alejó de ahí).

Cuando ya creía que eso no era más para mí, que estaba hacién-

dome otro. Lo mismo ahora, me digo «este ardor, parezco un cuento mal programado». Amanecí más tarde de la hora que debía. Había quedado a mi merced, fumando, a oscuras en un baño, un cigarrillo de sabor asqueroso; ya estaba construyendo este otro momento, deseando una vida distinta con tanta intensidad como inconciencia.

Caminé por calles lejanas aferrándome a esa idea mía, a que jugaba, que mi ir era un juego. Pero no sabía a dónde quería llegar. Ni que terminaba tan pronto mi viaje. Estoy al sur de mí mismo. No aprendí a pronunciar... (Y también sé que no voy a aprender porque ese mismo intento ya es mi cara). Voy a servirme otro vaso y me vuelvo a ver, entre la gente, sus familias cretinas.

En la galería de El Carmen sé que estaría triste. De todos modos, si hubieses atendido, no habría sabido qué decirte. Había quedado en un acto reflexivo que ya es algo caído, que nada me dice. Todo queda en los objetos (Suenan Leah, Roy Orbison se mete en la calle). Busco a Karina. A unas cuerdas me cruzo con Ana. «¿Con comentarios o sin comentarios», «Aténgase a lo que se le pregunta». Me quedé sin casa, sin auto, sin cama, sin...

Estando en su casa, una comida casera, sabrosa. Sé que nunca vio tanta plata junta. La despierto. ¿Qué pasa chiquito? Ya piensa en el corazón y el pasto está húmedo. Va a poder vivir tranquila.

Estos días me levanto, vengo a la luz. Yo soy el que se me acerca y me increpa, entre enojado y curioso. Otro que ya nada dice. Todo queda en cuento que me separa. Veo que han cortado el tránsito y las lucecitas rojas y blancas que pasan en

su viento de colores. Los hechiceros curaban algunos males, yo no voy a aprender porque ese mismo intento me hace otro. Estoy enfermo. Me aterra seguir para siempre como un ladrido lejano.

«Ahora por atrás. De alguna manera traté de divertirme»... A mí también me parece demasiado fácil de decir... Cuando ya nos íbamos se acercó hasta la cantidad de agua untada con jalea de membrillo. No pude cumplir con casi nada de lo que queda fuera del entendimiento. Ya se hizo de noche. Tarados con mucho entusiasmo.

«He aquí el dicho», pensé, mientras me refrescaba con el alcohol, «este será mi sueño». Voy a mantener este tipo de diálogos en que, muy desenvuelto, digo y hago lo que puedo por quitarme el gusto a endulcorante. ¿Llamo a la que te sirve pionono, José? Inés mira a los gatos, su vida y cada uno de mis movimientos para mantenerme derecho. Inés subiéndose la bombacha. No sé que hay en otro mundo, Ahora, date vuelta Inés; los ojos de verde que miran hacia atrás y parecen reír desde tan adentro. No se me ocurre qué hay tras las ventanas, la fatiga del Chi, y no quiero seguir alejándome, me digo. María me mira, y cuando nos saludamos me da unos besos medio raros. ¿O será que es la misma rejilla que contemplaba a mis ocho años y busco en una sensación, algo que parezca sagrado?

Se me ocurre que ya no me animo a visitar aquel colegio en que no podían conmigo porque no sabían, no sabían nada y tenían que hacer como que sí, que es como ella da los besos, y yo me pregunto por qué habré intentado hablarle. Algo relacionado con ese egoísmo que siempre llevo a cuestas. ¿Exagero? Hoy fui al cine y llegué tarde, iba a meterme esa droga que

tenía un efecto colateral molesto, me ardería el aire, decía. Anochece mientras escuchaba cantar a Alfred Deller, de golpe recordé cuando la mamá de Valeria cayó en la esquina. Como una madera que se vuelca. Me despidió y cruzó la calle que, como es domingo, es por completo distinta a los gritos y corridas de los demás días. El hacer como que sí pero apenas, y me alejo de ahí.

Me quedo charlando, tratando de revertir el proceso de resaca con más palabras. Alejandra y el pavor. Mientras había esperado mi turno, me había comprado algo. Estoy conociendo gente que ya no sé qué es. Miro las manchitas del mosaico y me digo que soy yo; y que voy a sentir frío y calor en su momento.

Sí, es fácil de decir pero, mientras tanto, esto, mirar, como detrás de las monedas. Natalia y Josefina deambulan por ahí. En un momento escucho a la francesa contar cómo Pappo le chupaba la concha en una salita. Le digo que soy yo; y que el semáforo había ya abierto paso a los autos.

Mucho más de lo que hacen por mí y obtienen mi dolor gris de domingo también gris en lo solo que uno molesta. Intentan acariciarme y yo soy esto en todos lados. Puedo volver. Estoy viviendo en este cuartucho que ahora también es mi casa, un poco esta pena, sólo eso me queda. La frente apoyada en mis propias muertes, casi vidas y sueño. No quiero lo que me trae el silencio. La ocupación apaga las voces. Todas las tardes he de seguir las puestas de sol. En esos días ocurrían cosas terribles.

Hay un 5% más de desempleo. Me está dando sueño. Aun sigo sentado y ni siquiera hay luz. No puedo hablar con ella.

Me dice que puedo entender. La vida es mucho más; que la salve. Siempre alguien me llena la copa. Necesito un poco de tarde. De todos modos me iba a pasar la noche y todo lo que había pensado decirle queda hecho un nudo en mis tripas. Quedo fascinado con sus fotos; cuando mi imaginación pide vivir ahí, es que ya hierve... La creo sincera y me va a llevar al invierno.

Hoy es sábado. Salgo a la terraza a esquivar los brindis. Miro el cielo: un mundo que había aprendido, quizá me contra-ten en Miami. Inés se me acerca y me besa raro. ¿O será que estoy vencido? Se tira para atrás y se cuelan ruidos de la noche. Estoy cagando. Y con ardor de culo. Momento en que la verdad me parte. Cada señal con retorcijones avisaba lo que me cuento porque me asusta. ¿Qué pasaría si le hablase a Karina? Iba a ir a cambiarse la ropa. Ya son las diez y media. Tampoco me importa. Podría sentarme en la vereda a escuchar las conversaciones de aquí a fin de año.

Temprano empezamos. Ya se hizo de noche. Se escucha la voz de un árbol, es amarilla y se están muriendo, como todos, como la silla destartada, y no me importa que me echen, porque no saben, no saben nada y tienen que hacer como que hacen.

Llego a la máquina con un agujero en mi hueco y otra vez me pregunto por qué habré intentado hablarte. Algo relacionado con este egoísmo. Detuve mi auto y lo vi, en un sobre viejo, anotado con letra tuya. La mañana y recién terminé de vomitar todo como venía: estaba reventando. Se va otra botella. Silvia estaba muy amorosa y me dijo que era cantado mientras estaba haciéndome lo otro. Lo mismo que ahora. Le digo que vengo de Serrano, que estoy un poco fuera de casa para

que algo pueda estar fuera de lugar.

Aunque es domingo, percibo y padezco. La cara de la mañana. Me despido de alguien y salgo con un dolor a úlcera, con un malestar de borrachera y mala comida. Las tripas revueltas y este agujero que ya no saldrá, que no habrá viaje y que no me interesa jugar. Me aburre mi ridiculez en el césped. Ya está clareando el corazón y el tipo con el alcohol y esta máquina. Hoy mi vida se transformó en un prolijo orden de atrás para adelante: champán, helados, champán, ensalada de frutas, champán, la morochita que miraba y se le ha caído el pelo; su familia de imbéciles en la calle. Busco a Karina. Terror de encontrarla.

Fue media hora más en esta servilleta arrugada que quedó sobre la mesa: Comimos brochettes. Levantamos los platos de la noche del... del 30 de Noviembre, después estas nuevas peleas, ni siguen, ni pasan. A la hora del desayuno, no tomé sopa y sí le quité la piel al pollo. De todos modos me iba a ir a su propia desgracia y todo el mundo está preocupado por Carolina, que pasó un año malísimo, eso me dicen.

Y me narro como si hubiese vivido en Miami y el sol aún no hubiera salido; un hombre sin fe. Soy un hombre sin fe. Soy un hombre sin amor. Desprecio, y algo de pena. Y cuando miro a través de cada una de ellas, esas personas que eran mi mundo, ahora me privan de sí en este ir al cine.

LA GRAN METAFISICA ES EL AMOR (R. Gómez Jattin)

La gran religión es la metafísica del sexo
La arbitrariedad perfecta de su ser
De acariciar su pelambre
Con esas arrecheras eternas que ocultábamos
Ante los mayores disfrazándonos de cazadores de pájaros
—La trampa con su canario—
De colectores de hehechos y frutas
Ibamos a culear una niña después del almuerzo
A veces vomitábamos juntos,
a mi me gustaba
Es decir me enloquecía
A los nueve años
La trampa con su canario
Ibamos a gozar el orgasmo más virgen
El orgasmo milagroso de cuatro niños y una burra.

Y las otras excursiones juntos a la noche
La mayor parte descansaba sobre el colchón
mientras el otro trataba de contenerse.
Los hoteles estaban iluminados con velas.
Pero a veces
No quedaban habitaciones libres
ni tiempo
sino para andar con un cura maricón
que una vez se cagó en la cama
y buscaron el baño con desesperación y no había baño.
Sólo una pileta.
Un júbilo que no valía la pena.

¿Es un gallo o una mujer que grita a lo lejos?

¿Está negro el cielo o a punto de ponerse azul oscuro?
¿Es una pieza de motel o la casa de Catalina?

El amor de una niña es lo máximo del sexo
La arbitrariedad perfecta de su torpe lujuria de ancha boca
El que se ha comido una burra joven sabe que
per angostam viam hay más contacto y placer de otro.

Era hermosísimo ver a través
de los manchadísimos colchones,
o quedar desplomados en los rincones,
mirando descerebrado el piso de cemento.

Pero hubo ella y
Una vez adentro de la mañana
Junto al mar
Tenía un deseo tan desesperado
de meterle la mano entre las piernas
y tocarle el centro de su amor
Que languidecía en el almuerzo
mientras me sobaba la bragueta
Tenía una vía de acceso muy estrecha
olorosa a manteca de cocina
Y nos llegábamos a mi habitación
sin planes respecto a su pubis
El amor que trama los más fatales hechos
y el orgasmo más virgen
si es de tu hermana.
El orgasmo milagroso
de cuatro a cinco en la de Historia Patria
El semiacostado en la tarde

Era idéntico a su cuerpo y ella se sintió

y desesperada
intentó arrojarse por la ventana
y le pareció que había que celebrarlo volteándose a todos
y colocándose
porque éste era su pueblo
y ella entraba a las cuatro de la vieja casa de alguien
«¿Está mi cuerpo vivo o muerto?»
Es hermosísimo ver a través de los nueve años
Y ella era una mujer de trece
Caliente como perra en celo, deliciosa
En la alegría sexual le salía la hembra
Todo ese sexo limpio y puro como el amor
entre el mundo y sí mismo
Ese culear con todo lo hermosamente penetrable
Ese metérselo hasta a una mata de plátano
Era lindo excitarla y hacerse amigo de ella y hacer de ella
La Paloma, el signo sagrado del Amor

Le gustaba no ser una virgen de trece años
se sobada inter fémora
y la tortura de no ser más que una película estúpida
no tan estúpida, decía ella, hacía que saltara
encima de mí
 como la vida
 como los tiburones

que se mueren si dejan de moverse.

LUCIANO FEDERICO

La ciudad va quedando perdida en su nube marrón. Hordas de chicos me corren por el cuello, se me acercan y me entretengo, mirando por las noches, esperando que suene el teléfono. Sospecho por qué forzar la siesta, esa niebla densa que lo cubre todo. A la noche, la espera. Esta pena es todo mi miedo; en el hambre me odio por toda esa belleza y no tengo más que ganas, el derrumbe final, la caída.

Al menos hay autos estacionados delante y humean sus chimeneas. Brilla el sol, lo demás es espera. ¡Todo tan claro! Y yo caigo atrás. Siempre es lo que ya era sombra. Tenía en el aire, como aconsejaba el poema que alguien encontró en el patio. Me siento feo, gordo y en jean. Un 501, digo a cada rato. Sigo tomando vino y sidra, lo que sea. Estar bien es una mierda, perro, le digo. Esperás los tres momentos del día para salir de debajo de la noche. Navidad es una flor imposible.

¿Cuándo empezamos a hablar? Ya no quiero ver. ¿Qué pasaría si le dijese a Mariana que le faltan dos dientes? Y como se levantó viento, todo transcurre en silencio. Y nunca nadie llegó a comprender. No sé cómo decir que preferiría ver su miseria, mi miseria, antes que me vuelva de sí. Camino despacio. Tengo ya el ir de una ventana helada. Tanto frío me devolvió las ganas de escribir. Apoyo mi cabeza sobre el cuaderno; todo es pensar en cosas como que lo hacen por mí y no poder decir empecemos de nuevo. Eso que sentías en tu estómago..., sí, era yo. Era el dolor que entibia a mi patio en el horario nocturno, la boletería de la silla; cuando llego al suelo, me quedo acostado mirando la parte de aba-

jo del escritorio. Llego distraído a la placita de Serrano y recién ahí descubro que estoy borracho. —Yo también estoy un poco acurrucado de sol durante el recreo, me digo ya sentado en uno de esos bancos.

En China me asombraron las promesas de eternidad. Toda esa gente, ¿de qué hablan?, ¿por qué me tengo que levantar a prepararle el té, si no le gusta escuchar de dolores ajenos? Lo que uno deja en esa habitación y vuelve; la otra ribera en donde, cada tanto, se ve una casa que no lo posee. La alegría del invierno del año 1978 cuando estaba en París. En la casa paterna, llegábamos al mundo y lo pregono. Mendigo amor que no es la espera de esas palabras. Por la ventana, a mi alrededor, el Sena; pero yo no puedo hablar con una misma pregunta, siempre queriendo escapar al vacío que reflejo, y quien se acerca y pregunta por mí desata un nudo, o me corre del lugar. Que me echen. Es fácil, era demasiado increíble. Noches largas. Festejábamos nuestra llegada a sillones.

Dejábamos la casa de una amiga, en su nube marrón por el polo más lejano a su dueña, tan lejana como cualquiera de las ventanas; están heladas. ¿Cómo es escuchar las olas a metros de una máquina? Me inclino sobre mis manos, y viajo a mi alrededor. El Sena; pero yo no sé qué es. ¿París?; no sé bien de qué es este sufrimiento. Por lo único que quisiera que hubiese un Dios, es para que un sueño así dure. Los ademanes ya no pueden más conmigo; aliado a ella ya me creía en compañía. Miro el cielo; a un muchacho negro le indignan «los estúpidos colectivos», con los ojos de no dormir. Deambulo como los tarados y por las ventanas veo lo que me digo. Siempre desconcertado, intento entender algo de esta pena. Que cuando mire a través de una hendidura... Sacudo el jarrito para acomodar la yerba, lo inclino y le hecho agua al

mate. Está subiendo el bolero de Ravel y me lava la lluvia. ¡Todo tan claro! Y yo que al mirar atrás no hago sino arrastrar mi incertidumbre.

Siempre es lo que va hundiéndose cada vez más cerca del abismo, lo que se mira, recuerdos y cosas que aprendimos a decir. Ya no quiero salir de debajo de la cuadra. Camino rápido y junto al termo. Hace mucho frío. En la calle noto toda la vida en cada segundo y nada hay que hacer. Querría poder copiar a los ojos que se unen en un mediodía de invierno. Baja la marea en uno de ellos. Levanto mi cara junto al suelo... Afuera los trocitos de hielo se mueven girando suaves como una llovizna. Hace mucho frío. Lo siento en una casa que no pude obtener y ahora también es áspera. Hay humedad. Vino áspero. La música también es mi casa, un poco menos. Quiero mirar como miran los gatos. La música no alcanza a distraerme; me sobrevuela, me acaricia, marca tiempos, algunos como el mío, casi como el viento cuando tiene espacio.

BUENOS AIRES

Vivo en una oficina. Escribo siempre desconcertado, intento entender algo de mi infancia: mi padre y yo, soy esto en todos lados. Discos en el hambre, me odio por toda esa belleza; que no estás bien, que estás triste me dicen. Todavía espero, por las ventanas de esa casa. Y quizá por eso te escribo detrás de una laguna seca; escribo y dejo de escuchar música. Los bordes de los que prefería distraerme aunque nunca los encontré.

Cuando vi el cuadro, me dije «es la última imagen y después viene la noche», cuando volvías, cenábamos y hablábamos un poco. Nunca de algunos temas. En la miniatura de tu boca amiga descubro las piedras, las montañas y el pasto húmedo.

No importa, estoy muy cansado. Me gustaría, caído, poder sentarme y ya. Debe ser hora de irme, pienso. Las seis en la estación de trenes de Syracuse; la estación es enorme y está vacía. Parece más sola. Una moza en el bar de N. York sonreía al verme huir de mí, jugando conmigo en este papel. ¿De qué color es una flor imposible? Sigo caminando y siempre llego al Sena.

Camino por la pobreza de todo tipo de diálogos en que, muy desenvuelto, digo y recorto con mucha atención todo asomo de pellejito. Es uno de los avatares de estos papeles que son besos para mí. Cada vez que una chica de 21 años se muere siento vergüenza. Todos sentados en el piso de madera. En el techo de madera. Un día puede verse la caída en sus casi vidas y sueño.

Por la radio pasan una música que puede ser de Vivaldi. Pego la nariz al vidrio y miro afuera como si hubiese algo para mí, dejar de ver la quimioterapia, ella, tan bonita que es, ahora se cae... Desprecia el agua que ya no se cierra porque sabe que no volveremos a vernos. En Ithaca el llanto de un cachorro que se cree abandonado, un señor que practica Tai Chi en los rincones de una biblioteca con olor a panadería.

En un momento le escucho contar cómo es. Saca su lengua y me muestra, mientras es Natalia desde su centro hacia la periferia. Y que si extrae el centro de la ventana, a mi alrededor veo que las piedras quieren paz y estamos engañados. Machos que llaman a sus hembras, degluten sus mierdas de comida y cagan, y todo transcurre en silencio.

En el fondo de la ventana, ¿cómo es estar sentado bajo la sombra de los autos? Las nubes sobresaltadas se aferran a las plantas. El aroma de las que estaban cerca, cuando se juntaban y construían una pared. Dejo de escuchar a los bordes de las orillas heladas. Miro esos hielos en la noche y podría llorar y dejar que se moje la ropa.

Tengo que arreglarlo, casi construirlo, pero ya no sé cómo. El frío es demasiado, entro en un mundo que tiene algo de mi vida. Alcanzarla al menos, dejar de comparar.

Hace mucho frío, y lleva una sonrisa muy calma; ahora aprendió a rezar y en todas las ventanas. Dejándose llevar por la corriente, veo pasar un pato; me hace acordar a quien lo escribió, y a por qué no armo este poema del que no hemos hablado todavía.

Uno de los veleritos quedó varado en el frío del camino y

mira a los olivos junto al mar. Todas las tardes, cuando termina sus tareas, inclina su cabeza y se ofrece en un subsuelo y sólo así. Al momento de entrar me di cuenta. Miro las manchitas del mosaico. Si fuera menos triste... Un quedado, me dijo una puta cuando rompí el cerco. Un quedado.

«Estoy embromada», eso fue lo que le dijo para avisarle que se estaba muriendo, en un bar. Me arrimo a Inés y aun así me pierdo. Los días pasan sin dejar huella, nada más que yéndose, arrastrando a todos lados unas hojas secas y paupérrimas, sus chiches.

Se ve la ribera de enfrente, está desierta de sol en invierno. Cantan los pájaros, dejo de escribir. Llegué a la siesta y a una red. Lamento no poder tener lo que ya te había comprado. Estaba conociendo gente antes de que me expulsasen de aquel lugar sin aire, decía.

Anochece mientras escucho llorar a los más viejos. Tan sólo alcanzo a sensaciones. No concuerdo más que conmigo. Ya estoy cruzando Santa Fe, sigo por Malabia esquivando los soretes de perro del botánico. Si hubiese tenido el auto estaría estrellado.

Una casa nueva, amigos fabulosos, y recién llegaba de viajar por Europa. Había mucha música nueva. Estaba estudiando y a salvo de transitar por otro dolor y lo agradecía.

Sandra vuelve con otra chica. —¿No querés venir con nosotras? La otra ribera en donde, cada tanto, se ve una casa entre la gente, hasta una cara, un rayo de sol, una mueca de dolor, un chico que mira atrás. Estoy un poco fuera de lugar.

Aunque se hace en este cuaderno que compré, algo en el estómago pareciera chupar todo; sin embargo, no salgo. Sentado en el barro me voy de vacaciones. Que vaya a vivir ahí, con ella. Ofrece ir a buscarme algo más de tomar. Ahora el tema es literatura, el vacío, estar volcado afuera. Algunos pájaros cantan. Ellos también, como yo.

Se dio cuenta de que el abrigo de cuero no tiene ningún sentido; no va a ser mirada por las noches, y deja que suene el teléfono. Sospecho por qué no la encaré yo. Imagino todo tipo de diálogos con nadie; nada más que esperar que sean las once, cuando toque el timbre el próximo paciente.

Any se está yendo y ya nada es dibujo firme, todo puede perderse mientras no haya una naturaleza a la entrada del mar. La certeza reina a la que acaba de llegar; la dejan llegar e irse así no más.

Me tiro atrás en la calle. Busco a mi alrededor. Se planta delante y vuelve a pedírmelo. Ahora le entiendo. Nos trenzamos en una sensación, algo que no podemos ver, estos patos que están frente a la siesta y una sonrisa muy calma; ahora aprendió a rezar, insiste.

Sentado frente a la noche tocaba en ella. Los tira en el camino y mira cómo crecen. Me pregunto por qué forzarla. Ahora sé, que me eche, porque no puede hacer nada por su camino, por las molestias que causa; cuando mi imaginación pide vivir ahí, es que vale la pena seguir, me digo.

María me mira, y cuando nos saludamos me da náuseas, entonces me recuesto al sol, cierro los ojos, todo está muy quieto, casi tal como canta un cisne.

El agua entra y la moza tiene un corte de pelo extraño. También es comunicación, me digo. Pido cerveza. Me duele la garganta. Ya no se si llegaré a la siesta y una niebla densa lo cubre todo. A la tardecita la voy a perder en la reposera; además, no se distingue por ser lo cotidiano.

En nada puede creerse porque todo puede perderse como por encanto mientras no haya quien sustente la magia de las del paraíso, casas blancas, techos blancos, mar azul, apenas nubes cruzan ese cielo; yo sé lo que dice. También sé que en la calle noto que la única posibilidad es crear novelas y más novelas, e ir adecuándolas a las consecuencias, y no puedo decirte nada, por eso quiero vivir ahí. La creo sincera y lo siento. La trama está cerrada. Araña, otra vez es domingo, y creer que había que dibujar en la suya de sapo tragón.

Sentada en un río en miniatura. Un río salado, pienso mientras anoto, y lo peor de todo, Padre, es que creen que fui yo; y que esa mañana estaba nervioso porque entraba en la ría ya varado en el hambre; me odio por toda esa belleza que no puedo evitar, esperando a su propia desgracia y a todo lo que traiga el día.

En una pequeña bahía hay unos veleritos amarrados a boyas. Y un islote que queda poco a poco sin libros. Poco para comer, algún vino tinto. Nostalgia constante por algo muy lábil que es mi propia desgracia y estar a salvo de transitar por otro dolor de abandono, que antes me voy yo, que siempre me voy yo.

La ciudad va quedando perdida en su quietud. Es el mismo camino. Comés y dormís en demora, la realidad. Los caleidoscopios perdieron la magia. Un día puede verse al menos por

negación definido. Fin del invierno con sol y piedras; piedras que esperan en la nieve. A la mañana, arrastrándose, repulsivas lombrices rosas. Alguna vez un poco apartado.

Todos sentados en el hambre que no hará el viaje y esa misma niebla que cubre el musgo mantiene este tipo de diálogos. En uno de los autos me sobresalto con el cuento de uno de treintantitos que en seguida propone soluciones de compromiso: dice hacé tal o cual cosa, pero rápido lo dice, como quien tiene que agradar porque cayó de trompa.

Me desperezo; y le gustaba el bolero de Ravel y me pregunto por ellas, esas madres. Yo, que no estoy en ninguna parte aunque me tocan e intentan acariciarme; yo que soy esto en todos estos pedacitos que levanto de a puñados y dejo en el papelero.

Sentado le acaricio el cuello, se me acerca y me siento en armonía con todo. La humedad me cala los huesos, la música me cala los huesos, el vino me cala los huesos. Siento miedo. Fumo. Me voy rápido, la gente se oculta y me siento muy bien, como disfrutando de un pasado irrecuperable. Encuadre gris para la muerte, un poco esta pena, sólo eso le queda.

Ahora me tengo que olvidar: Al entrar en su luz elevad vuestras plegarias! Colgad las liras en los brazos de la luna. Camino por mi casa ya pensando que no vendrá...

Preparo un mate y juego con mi lapicera nueva, que saco de una lata azul que tuvo seis botellas de vino tinto; y ahora entiendo que puedo hacer otra cosa, ahora que no sabe qué es de mi vida. No se me la adueña. ¿Qué huelen esos gatos cuando huelen lo que vi? Yo no quiero más. Dos veces de

vuelta. Preguntar como por el rabillo del ojo. A esta hora serías bienvenida, pero no sé lo que digo aunque a veces lo intento. No me juego por nada, nada me encandiló hasta cegarme, ni me empapó lo suficiente como para que me quite de esto y nadie será otro Tarzán, El Llanero Solitario, o el héroe de la heladera. Me da placer esta pequeña conciencia. No tengo ganas de cerrar mi nueva lapicera. Te encantaría cómo escribe.

Un papelito en el asfalto. Su sonrisa puede con todos los que la quieren, y no digo ni actúo y no leo ni hablo y no tengo nada por qué levantarme. Humo de cigarrillo y pizzería impregna mi ropa. Muy lejos ladra un perro. Miro mi mano sobre la mesa de luz. El grillo continúa su canto. En su escondrijo no sabe que ya es tarde y le creo porque he podido ver su obra. Algunos poetas chinos.

«Yo ya sé» digo apurado y se unen en un cassette. La vida continúa, me digo, y me desea buen viaje. Sabemos, aunque no nos demos cuenta, que mi ojo tiene sombras en el tacho que está bajo el alero del porche, observando como la luna sigue allí. Ningún hábito. Todos los días, a ver qué pasa y soy yo que asomo.

Sentado con lo que me rodea; caminar con las manos tomadas en mi espalda, despacio y, si puedo, volver a sentarme. Los domingos al mediodía somos todos dignos de pena, ninguna amenaza me atemoriza de infierno. Miren, diría. Pero no dura mucho y quedo un poco más allá. ¡La pena de una rana eviscerada decidida a sobrevolar el cielo de Milán!

Desde el solar vienen gritos de chicos que juegan al fútbol. El tránsito de la luna. Camino por mi casa en la parte de

la pena, la pena de esa mujer que no conocía y dos muchachones jóvenes, cada uno con su luz. Supe que cuando las circunstancias llegan, uno lo comprende en el momento. La gente podría aprender de la luna. Camino por mi casa ya pensando que no hay nada que hacer.

Trámites en el Samadhi. ¿Será así? ¿Nada más que preguntas? Y ninguna respuesta. Hoy cumpla 37 años. Me levanté a las diez y treinta con una de ellas. De la cafetera sale ruido, una voz muy rara. Me ganó al metegol. Anda sin ropa y se tira en el piso mirando al techo, sin nada que hacer y sin embargo («The frog set sail beneath the trees./ Silver moon / Nobody see it.») en otro mundo sigo pensando en vos. Cómo es que va a pasar... (Un veterano de VN con cicatrices en todo su cuerpo, en un pueblo perdido.)

Preparo un mate con mi vida. ¿Es eso? La pena de una manera velada en palabras que sólo a mí mismo chorrean. Infinito tiempo por delante para hacer todo lo que me deje quieto. Con mi atención afuera queriendo morder lo que no se dice. También sé que intenté algo: Acorralarme, fecundar esteirme en vida, terminar de nacer algún día.

Leo: «sueño identikit campera cazadora consejos vecinales para los rayos cobra langosta». Y yo, ¿qué escribo? Yo apenas garabateo en un cuenco agujereado. ¿Cuántas veces más he de ver salir la luna?

Camino por una casa entre los árboles al costado de un bar de última, escribo en el marco de mi palacio. Algún día dejaré de mirar embobado. Recuerdo que por la noche había permanecido en silencio bajo el escritorio... Después vuelvo otra vez a mis manos. Observo, por entre los dedos veo lo

que me queda pendiente. De mis ojos hacia afuera todo es lo que hago porque no sé. Me sirvo un vaso de soda.

«No quiero que la vida de una novia...» Sacudió el jarrito para acomodar la yerba, lo inclinó y le pareció ridículo. Después, nada más.

El dolor de los que están llegando. En aquellos días, mis amigos y yo, al mirarnos a los ojos... ¿Qué de lo que duele? Como un pie, sucio, cuarteado, la uña negra y rota. El viento del sur trae mucho olor a melón, increíble, ¿no?

Escucho cantar una chicharra y me duele por entre las piernas de vez en cuando. Los dos primeros días en un rincón puestos a leer poemas mientras se acariciaba la concha lubricada (ya quisiera yo pintarte el culo con una rosa en su quietud). Es el mismo esquema si querés postre comete todo y contemplar la llegada de las hormigas. Sigo sintiendo cómo la luna humedece las mangas. Teishin, los brotes de loto que crecían en tu culo. Las frases son bichos (Mientras, miro tus ojos, sus pintitas verdes y amarillas, luego las cejas, los poros de la noche). Bicho raro, me digo, tené paciencia, solo es que crecés más despacio y estás asustado, ya va a suceder aun en el otro lado de la luna.

Doy vueltas por mi casa ya pensando que no nos dimos cuenta. Otros más, a los chiquitos que viven debajo del puente, a los internos de un hospicio... Hoy acorté una bombilla. Era demasiado larga, pesada, y tumbaba el mate. Quedó muy bonita, y cerca de mi mano tengo siempre algún interruptor, teclado, pantalla, perilla, botón ¿para que me pedís que escriba?

Hay una caramelera de cristal, veo eso de tu corazón. El saber

pone un borde a la ignorancia, uno cree, por ese borde, que sabe cuánto sabe y cuánto no sabe. Todo nuestro conocimiento es nombre y límite tan solo, de ese conocimiento que ni achica ni disminuye a la ignorancia. Aprender es apagar el fuego con nafta. «No es poesía: Un bicho me come los libros veo yo mientras almuerzo». Deambulo por la calle y compro sin saber que estoy muriendo.

Me despierto sin sueño. Por las ventanas entra la luz de la luna. Camina por una vereda y me saluda con amabilidad, como si quisiera entrar, pobrecito. ¿De qué dolores corre tan agitado, de qué pesadillas busca cobijo? Perrito negro, a patadas abandonado.

(¿Qué te gustaría ser cuando seas grande?): Tsen Ta se despertó al escuchar el piar de un líquido con sabor a sol y se perdió. Todos somos habitantes de Babilonia, Roma y New York. El centro pasa por cada uno de los que quieren traer más problemas a su vida.

Dicen que ya sé qué hacer, suponiendo que no crean que soy mi paisaje allí donde haya llegado. Dos o tres ideas, no más. El resto, acumulación de palabras. No entiendo lo que siempre se aleja. Perdido de mí como si dependiera de un rumor en el escritorio.

Madre: Tu imagen se va desdibujando como la de un beso que no di. El recibo de una primer cena cuando aún no sabíamos nada. Detrás del armazón todos somos así. Chiquitos. Es que hace días que llueve. Espero, y lo más probable es que crean que soy bueno y aún hay quien me abraza.

No lo tengo que olvidar: Al entrar en su casa noté un olor

perfumado, ordinario, y me pareció ridículo. Después, nada más. Una agenda por entero vacía. Vuelta a empezar y ahora ¿qué?

¿Cuántas veces más he de salir a mi ventana? Otoño. No, no es esto lo que dice la gente. Hace mucho calor al borde de edificios lejanos. Sus ventanas se van y no sé a dónde. No se los ve tristes.

El cuzco deambula con su habitual alegría por entre las piernas y, de vez en cuando, consigue que alguien juegue un poco apartado. Relame el suyo. Todos sentados en el mundo, pero están cerca mío, somos dos que se esperan y pasan.

EN TREN DE CHICAGO A SAN FRANCISCO

Una chofer en Ithaca me saludó pero yo, cada vez más borracho, no pienso en nada. —Me caés bien José, ahora tengo que levantarme. La fuerzo a hacerlo una vez más y, mientras le abro la bata, se me adhiere por el mismo camino, feliz, olvidada. Comés del aroma del sol al ponerse y dormís en las calles que, como es domingo en tu vida, son distintas, rehuyen a los contrastes definidos.

Soy yo y yo soy esto en todos lados. Puedo volver.

Estas viviendo de la calle. Un chico despacha nafta al costado de un pub en N.York. Pretende que lo habías invitado. ¡Qué bueno que viniste, tenía ganas de sentirme de otra manera! Apenas te sonreís y suben tus ojos.

El cansancio de estar sentado en rincones viendo como una manzana cierra sus ojos. Y algo me dice que estás apartada expulsada caída y partida en todos lados. ¿Puedo volver? Me encantaría que lo hicieras conmigo.

DARWIN

En *Viaje al país de la Introducción* escribe Darwin de manera significativa: «...me ha decepcionado el hecho hartamente repetido de que cualquiera se permite presuponer acerca de la selección en el cerebro humano». Pero tarde o temprano, el desarrollo científico alcanza un punto sólido de referencia confiable. La meditación budista fue un comportamiento autónomo a nivel racional. Cómo sería, por ejemplo, si se demostrase que las cosas no son así.

El cáncer como enfermedad del siglo XX, es el síntoma de lo que ya no es posible. Este enfoque parece confinar un mundo que aparecía otra vez invertido. Aquí tenemos un ejemplo de que cualquier presión selectiva, desde este punto de vista, termina en lo siguiente: tan solo tratamos de ver cómo ha sido exitoso un mundo exterior para permitirnos comportarnos de forma activa y racional en él. Y por lo demás, la sumatoria de experiencias acaecidas durante 3.500 millones de años hace que reconozcamos una taza, por ejemplo. Y por lo tanto, saber donde buscar autonomía. Como se comprueba luego de un detenido análisis, las posibilidades de un mundo independiente de lo que respecta a la corteza cerebral, para luego acabar en acciones motoras, una observación anatómica más cuidadosa del sistema nervioso —sin apoyarnos en supuestos dudosos—, no da cuenta de la creación.

Viaje al país de la información. El cerebro construye, el cerebro forma ordenamientos-realidades, como si se tratase de unidades insumo/producto, determinadas desde el exterior, y de ello deviene un resultado interesante: el sistema se vuelve

una verdadera alucinación y es como si se insistiera en separar un mundo que está ahí, insaltable y a cuya producción contribuye.

¿Cuáles son, entonces, y a modo de ejemplo, las moléculas que hacen posible el DNA? ¿Cómo contribuye la célula para especificarlo? Se tiene un sistema nervioso y hay desplazamiento de un lugar a otro. El hecho de que cualquier presión selectiva, desde este punto de referencia a dicha perspectiva, sea una metáfora de un proceso interactivo, es correcto. Y por lo tanto, deberá desaparecer en la organización interna del sistema nervioso.

Cada uno de los estímulos sonoros y táctiles parecen influir sobre las formas, los colores o la senestesia. Las relaciones deben concretarse: la correspondencia efectiva se establece como 100/1. Hemos hablado sobre los fundamentos de sus propios trabajos. Dada la multiestratificación del enjambre del sistema nervioso, por nombrar un sistema complejo, se demuestra que las cosas no son lo que aparentan.

El cáncer como enfermedad, es el concepto de autopoiesis, o sea, «autogeneración». En este proceso circular, autoreferencial, naturalmente se depende siempre del entorno en que se han resistido a modificarse, en los últimos 3000 millones de años, las formas diferentes para construir mundos estables. Admitiendo una realidad objetiva, la investigación de un sistema de producción de moléculas es capaz de establecer un límite y de marcar una discontinuidad topológica; por el modo de considerar la parte final de la autonomía. El hecho de que en el mundo externo, lo que fue global en un momento anterior se distribuye en el cerebro de manera tal que colapsan los ordenamientos-realidades, entendiéndolo-

se por tales, a una cierta colección de células esclavas, lo que determina que cada célula satisfaga funciones múltiples pero al mismo tiempo conserve toda su autonomía. Y combine ambas posibilidades entre sí.

Nuestro cuerpo es inseparable del hecho de que no le imponemos la condición que no se dio aún en el plano social. Hablo en forma muy figurativa, pero se me pidió una opinión personal. Con frecuencia pasamos por alto que el cuerpo no es posible. Entonces, ninguna «prueba y error» a manos del entorno, manifestaría una concordancia sujeto/objeto sino una consecuencia de su coherencia interna. El suyo es un ejemplo que remarcaría que nos encontramos ante la necesidad del cambio que los científicos tratan de elucidar al referirse a la optimización de la historia de la vida: los sistemas vivientes dispondrían de muchas vías para seguir funcionando en su entorno, esa será la expresión de mi teoría. Al comienzo el proceso me llevó a reconsiderar estos paradigmas y es evidente su relación fenómeno/noumeno.

A estas alturas del siglo, parece un fenómeno curioso el que establece mediciones y comparaciones. Por ejemplo: puedo decir que algunos lagartos son más veloces que otros. Pero, ¿significa esto realmente que estén mejor adaptados?

Por supuesto que reproducimos una imagen interna del organismo viviente. Es así más importante. Que cualquier guerra limitada pueda convertirse en una catástrofe nuclear demuestra a las claras que una pequeña fluctuación sería suficiente para llevar a un consenso.

Producimos interacciones hasta lograr una cada vez mejor adaptación, ninguno de los clichés provistos por la vía de

las unidades autónomas se ciernen a normas de conducta. Extrapolando podríamos suponer que esa es la causa de la existencia de los Sumos Sacerdotes, los rituales, las oraciones, y los milagros...Y lo bueno de esta religión es que funciona. Ese ritual viene de mis acciones, de toda mi historia como especie y como sistema biológico interactuante en el mundo externo. El modo cómo serán elegidas estas alternativas, decidirá la coherencia interna del mundo y de actuar racionalmente en él.

Por lo general, en este tipo de contacto se aplica el cliché: es el único medio con que trabaja la evolución, aunque jamás se admitiera tal cosa.

Darwin, que sabía que todo obedece a tal persistencia, estableció que, en concordancia con su entorno, todo dependerá esencialmente de la estrategia filogenética para rehuir a la muerte: no otra cosa que la consideración de la historia humana.

Hasta donde puede comprenderse ahora, sería una consecuencia interna de modo tal en que las afirmaciones: «el DNA existe», «Watson y Crick son santos o profetas», pueden ser transmitidas a través de mi comportamiento, de mis acciones, de toda mi vida, la filogenia reproducida en la ontogenia.

Pero también podría optarse por una posición personalista. Propositiones que van a contracorriente del sentir contemporáneo. Según la impresión de que cualquier guerra, aun una acotada, podría convertirse en una catástrofe nuclear, demuestra que una vez cumplidas las exigencias básicas de la Evolución, al haberse, por ejemplo, clasificado las células nerviosas, o sea, al ponerse el animal en movimiento se pro-

duciría la «autogeneración» de una especie que se avocará a la lucha por la conservación de su material genético, un mensaje al futuro.

Este proceso es autónomo y libre, y su direccionamiento una metáfora de comportamiento autónomo a nivel social. Basta con mencionar sólo una de las «interpretaciones». En otras palabras, no se tiene una fuerza y su resultado, lo que no es otra cosa que una pequeña fluctuación; sería suficiente para llevarlo a un último plano, ahí donde los fenómenos internos tienen lugar dentro del sistema nervioso o, por ejemplo, en una computadora, donde deben existir un Input y un Output por completo definidos. Entre ambos sucede algo que es útil, que es adaptativo o algo similar.

Interpreto que eso ahí es una proteína, y que luego pueden ser transmitidas a través de la creación. Si bien esto parece bastante esquizofrénico, no lo es según el método científico, sino en los actos de fe.

UNAS VIEJAS FOTOS

Me levanté tarde,
transpirado de champán,
el 9 de noviembre de 1950,
dos meses antes de hervir el 2 de enero.
Padezco de estreñimiento mental
cuando soy víctima (muy seguido)
de cierta imagen en
una ruta santafecina:
Carlos Monzón
en calzoncillos
tirado en una de sus banquinas.

«Alumnos de 4º año B - Pehuajó - 1939»
Se puede percibir su vida,
puedo ubicarme ahí con ellos,
seguirlos por unos segundos... y
después leer poesía china contemporánea
pero los retorcijones me arrastran
por el parque Perego,
adónde me llevarán luego de una siesta
cuando chico.

No soporto más la música,
ya no.
Y sin embargo, en cuanto me instalo aquí,
me doy cuenta,
y he de dejarlo pasar.
Venir aquí y desinteresarme
porque el tiempo pasa,

y creer que nosotros no,
ilusión de uno,
siempre,
lo mismo,
identidad...
(y sólo es karma con nombre:
Carlos Monzón en calzoncillos tirado en una foto)
y después me tomo un café y mordisqueo algo de esto,
«Julio, la concha de tu madre, dejá mi pelota»,
sin poder disimular el aburrimiento
y padecer la pérdida
de modo que esa es
nuestra única experiencia
y sobre ella construimos la ilusión.
No sé cómo me encontré contando...
Pero mucho más sano y tranquilo
por el parque del Carmen alumbrado por
la brisa fresca.
«La putísima madre que te parió»,
le gritaba anoche con ira su padre.
Y hasta se me ocurre que esta sensación,
que Patricia...

Lo mío no es más difícil que irse al carajo,
está castigado el histrionismo, el individualismo, el egoísmo.
Hasta el gordo Fernández tuvo que irse del pueblo.
¿Qué será de su mujer?, sí.
Soltó sus cachetes de las tenazas de su trabajo.
La basura se la pasan en atados,
cuidando un galpón
cada día que llega.
Me apena esa sensibilidad arrinconada
asfixiada detrás de todos los años que estuvo postrada:

el 'Concert Boy', siempre me pareció de mala leche.
Me dije «está lejos», y no.
El facilismo, el adormecimiento,
el deambular por la casa buscando apoyo.
Enseguida esta sensación.

Silencio.

Pienso,
este debe ser el mundo de una pequeña siesta
y huyo a la pared.
Mientras, me pregunto si sirvo o no.
Y no me gusta
aunque sigo sin entender
el tono en que escribías.
Desde el arenal te mandaban fotos: Un sulky movido,
el horizonte, eucaliptos, alambrado
y dos chiquitos que ya miraban para otro lado
tan instantánea es una vida,
(mucho más horror me daba a mí estar sentado
abierto a la noche.)
Cuando voy a cerrar las persianas del escritorio
veo el reflejo limpio de la estupidez de la inteligencia.
Pero ya es tarde.
Una galletita de miel y la puta madre que te parió
se conjugan
y no puedo encontrar mi habitual acomodo
tras el escritorio.
Frenado. Tapado. Intoxicado.
Me doy un chapuzón
y logro concentrarme,
pero los retorrijones me llevan a la indiferencia...
Estas mismas dificultades encierran su lado bueno,

si es aprovechado:
Estos artilugios sin gente no tienen sentido.
De la época de la adolescencia fue abriéndose una ventana.
Ya no me reconocen.
Mi no participación, mi no existencia.
Mi hermano está demasiado solo y,
como esos perros se pone malo, etc.
Deambulo por la casa,
sentado detrás del escritorio buscando luz.
Mi humor es pésimo.
Recuerdo un poema o un cuento
y me hago pesado para mí y no lo noto.
Crecí en la tela.
Ahí estaba yo, la gente..., todo en su lectura.
Fue después que bajé
a mi alrededor
y por poco tiempo casi lo pude lograr.

Algo que no veía.
En medio de tremenda resaca tenía que dar explicaciones,
contestar sus preguntas, conocer a su marido, recordar los
nombres de sus otras hermanas.
Inés dormida sobre mi hombro.
Yo con ganas de cagar, ese auto rojo...
Lo que sea, nos quita del centro y ya.
Fuera de su auto en una estación de servicio.
Estaba solo en un bar, di vueltas en auto, me hice socio
del Automóvil Club, compré mapas, estuve sentado un rato
a caballo de una cerca.
Un poco después llegó Patricia y nos tiramos
entre los yuyos y de pronto,
entredormidos,
soñados.

Pero ella quería visitar a una paradoja 'moderna'.
Me sentía peor
y estábamos de vacaciones,
en la tela del uno por el otro,
no hay lugar por aislado que esté,
en dónde el drama no tome parte:
amores, celos, traiciones
no son material de películas y novelas;
Manina Pereda hace tantísimos años,
para ver el amanecer después de despertarme
transpirado de una rajadura en mi estómago;
total que después todo se desvaneció.
(pobrecita aspirante a 'flapper')
¿Cuántas cosas dejaste atrás,
así como a esa capilla y el malhumor,
madre?

Siguen las invitaciones.
¡Cómo podía yo imaginar un tiempo atrás!
Es infinita la fe en el camino.

¿Quizá
porque
no puede ser
de otro modo?

UPA LALÁ

Una tarde en el aire y sin poder leer, ser nada. El mate estaba fulero así, amargo. Como una cola en la Municipalidad. Nunca quería desprenderse del quicio. Y a esa que era, él la había tocado. Desde que al Tuerto Santillán ya no le quedara suerte, se enganchó a su cama. La negra. Triste. Como tomarse con ella. Así, del pico, emborracharse de negra de mierda, le decía. El tuerto que solo de rubio tenía la bolita celeste en el ojo, tenía también la cualidad de poner nervioso. Tan quedado, que ni se le transformó la cara cuando ya sin disimulo empezó a cantar el gallo del viejo Ricovene. El Cucho lloraba mientras volvía de lo de su vecina y entendió lo que había ocurrido: una burla, un borracho, un ojo celeste japonés. El Tuerto que pasaba a veces a caballo tiró de las riendas y corrió adentro cuando la escuchó gritar y ahí queda todo como desgranado de su punto de partida. El Tuerto Santillán era real aunque, de escásísima manera. El y el Lobo Sosa. Rápido, subió al molino «sin pensar en boludeces». Pero la idea le volvía una y otra vez. Santillán era un chiquillo. Ese día pensó que era mejor tomar unos mates. El día en que le había acariciado la cabeza, Santillán, la abrazó fuerte y volvió con una cuchilla y con la voz más fría se lo dijo. Subió el herido a la gorda, y los arrastró unos seis metros. Todo impresionaba como para que el Cucho corriera. Ese era el tema obligado, las marcas de agua de un sifón en la madera. Siempre temiendo que llegase la gorda, había salido, acomodando un poco su miedo. «Tengo que dejar de mirarlo». Venía caminando, despacio, hacia donde yo estaba parado, duro. El tuerto se fue para su casa. Pero siempre había estado en la cocina. Ahí, cuidando de no hacer ruido, prendió el fuego y empezó a pre-

parar el mate. Nunca tomaba mate. La Gorda se lavó, comió algo y volvió a llorar el resto de la tarde; había calculado seis, pero no había caso, ya no le quedaba suerte, se agachó en la barra. Le dolía que la tomasen en la cocina. No, eso fue otro día. Del tuerto Santillán recuerdo otra cosa. Fue un día muy malo. Ahí, cuidando de no hacer ruido, prendió el fuego y empezó a vestirse. Ahora, llegado el momento, todo era distinto. Se sentía un poco floja de las rodillas, morada. Como a la que tanto anhelaba pertenecer, no era un mierda y no la encontró. Volvió con una cuchilla, una común, de cocina. Yo dejé de jugar y me quedé mirando. No me olvido del facón plateado que llevaba con mucho orgullo, lo único que podía mirar de su cuerpo ahí, atravesado en la vereda. Lo que más me impresionó fue imaginarme al caballo ensangrentado, como lo describió María mientras boqueaba, María. «El me había tocado». Desde aquél día el Tuerto Santillán dejó de ser real, ya pertenecía a una vieja época tal como lo que había ocurrido. Un muchachote, borracho, la provocación. Oscurecerse en el rancho mientras su mujer trabajaba con los otros. Todo eso era maravilloso para mí. La paliza que se ligaba, el culo que iba y venía mientras jadeaba. O lloraba. Después en el piletón, la bomba de agua, y ya oscuro seguía intentando agarrar un tarro de azúcar, la sal gruesa, los botellones de aceite, el tarro del pan rallado, la canasta de los huevos, y la bolsa de harina, que al caerse, se rajó de arriba abajo... Era ahí, detrás de las rejas del patio. Y a mi intención la frenó el paredón de la flaca cartera de mi heroísmo, claro.

★

Lo dicen en mi pueblo, aprendí de chico, y entendí mucho después, otra vez mis ojos se disponen, como si de un mantra se tratase: *Roma Catala Quiche Caliche Agüelito Luli Pelao Botón Escupida Talón y Cati*. Acurrucado, acurrucado y repitiendo *Romacatalaquichecalichaguelitolulipelaobotonescupidatalón-ycaticatalaquiche...* escuchábamos el golpear de las manos en la cotidiana llegada nocturna de Juan Basualdo hasta la puerta de casa a la hora de la cena. Mamá siempre le daba el paquetito con comida para que luego hiciera algún trabajo en casa. Cuando no había salido. Saludar a la que jugaban en una tirada; los chicos de Basualdo a la más chiquita, la que tenían de matungo, montada, montada, hico hico, llorando a veces. Yo veía. Mamá sentía cariño por Basualdo. Vivía atrás de la vía. Yo me acurrucaba debajo de la cocina económica, con María, que para mí, era parte de casa. Cuando salí arrastrado de la vía yo bajaba a lo de la Avispa Acuña, señora tan buena. Desde que llegaba, Basualdo se trancaba con el paso. No entendía bien, pero lo que los amigos del finado entonaron como saludo: un «brennschs», que con toda educación pudieron enhebrar con la cara más triste del mundo. —Está enfermo— me decía la señora. Y mamá bajaba y hablaba con ella pero yo ya no oía, perseguía los comentarios. No entendía bien que fuésemos nosotros los que se lo entregáramos. Como todos los chicos, imagino, yo tomaba eso con naturalidad; iba a conocer la casa de María —yo no le decía Avispa—, y vería a un muerto. A Pucheta no se lo mencionaba, pero jamás lo olvidaríamos. Mamá sabía que era así y nunca discutió. Por lo general, el pobre Basualdo no arreglaba mucho que digamos y por tres días no volvía a aparecer. O hasta que lo íbamos a buscar al ranchito de atrás de la cocina de casa, Mamá, que andaba por el pueblo, o mi hermano. Un día fue que dijo: —Mirá, ¿sabés quién es ese? Quedé callado por un solar inmenso, en el suelo. Originado en el recuerdo de todas

las mañanas de antes, de despertar con la ayuda de alguna de las Basualditas que venían a pedir las sobras de la cena y se quedaban por ahí, despertar como un sabor a durazno de nalguitas, nuestros juegos. Desde que llegaba, Basualdo trabajaba con el paseo. Mientras cenábamos, escuchábamos el ruido en la puerta desde su caballo. Estaba tan descerebrado que ni conseguía bajarse y llegar al catre, pobrecito. Lo encontraron helado, abrazado al cogote, de culo al sur. Fue una mañana de agosto cuando encontraron a Pucheta muerto arriba del caballo.

★

A los once años me arrancaron del mundo, me enviaron a un sitio muerto, a que cuidasen de mí. Primeras rajaduras. El primer choque con la expulsión, la tienda del turco Jalil. El Tuerto pasaba por todos los cuartos, uno tras otro. Me quedé escondido detrás de la corte del rey Alfonso XIII, quien en una oportunidad viajó a nuestra pampa y quedó enamorado sin poder creerlo. Yo miraba detrás de la puerta de mi cuarto, y aquella vez me quedé escondido detrás de lo que puedo valerme ahora; pero no a los gritos. Por la claraboya veía al de su hermano, que era muy parecido a uno que él había perdido; el suyo era mayor, aunque ya nunca más sería su cumpleaños seguía pensando en que debería regalárselo. Que no se incorporaría de ese sueño. Verla muerta le produjo una sensación muy similar a cuando la contemplaba dormida: la extrañeza de un cuerpo sin gesto. Durante aquellas siestas recorría todos los días miraba el cielo y se preguntaba cuando pasaría; por supuesto, por la calle de mi madre; renegaba un rato, no mucho, nunca pude ser riguroso. El corte tenía que pasar por allí, lo hacía con un cuchillo. Santillán lo alcanzó a esquivar y, en el forcejeo, el cuchillo terminó clavado en su propio cuero y caído vio cómo si desde el techo con mangueras y linternas estuviesen fabricando una lluvia para él. Nunca se levantó. Cuando lo fueron a buscar estaba pálido y desangrado. Alcanzó a decir a una enfermera que sentía mucho frío y murió ahí, en la vereda. De esa época recuerdo mis rodillas, percutidas de mugre de tanto arrastrarlas por la curiosidad. Decidí que iría de un modo distinto, sin gestos, casi tal como era. Muchos años después la volvería a ver así, pero para que ya no se preocupara, le conté que había encontrado soluciones. Esas horas —nunca dormí— fueron los primeros momentos: me quedaba mirándola. Ahí, no hacía mucho, había tenido una pelea. Ya estaba en el calabozo. Pero, del tuerto Santillán, yo recuerdo otra cosa: Fue el día en que

me había escapado de la tienda del turco. Me vio y se quedó callado sin gestos, casi tal como era. Muchos años después la volvería a ver así, pero ya no se preocuparía, lo colgaron en la puerta. Yo miré para atrás. No, no había nadie, me hablaba a mí. Atontado por la calle. Se disolvía en sus clientes y visitas, al tanto de mí presencia; ignorante de mi heroísmo, claro. Tan solo unos pequeños rastros, manchitas en el reverso de una hoja, insectos con sus seis patas no siempre coordinadas, la inmensa pena de una ala quebrada. Alguna vez me miró asustado un zorro herido. Yo lo había apuñalado y me miraba. Detrás mío media docena de perros esperaban que yo me levante. ¿Habría valido la pena?, era la duda en la mirada del zorro y los ladridos nerviosos de los perros a mis espaldas.

★

Hay, si pudiera seguir, todavía queda tanto por ordenar. Cómo te lo dejaría. Pero nada de eso. El dulce de leche que llevé escondido. Nunca antes me había animado, le dije. Pero no hubo caso. Tuve tanto miedo. Aún recuerdo la imagen con la que despertaba a veces. Cuando gritaba. El tacto caliente, cómo manchaba. No tengas miedo, así se hacen los hijos. Yo escondido. Prefiriendo el perfil, las cenas más tarde, cuando llegaban. Mamá que yo le decía y no era, no podía con todo. Ella sí, me decía, dejate. Las crines ahí, desparramadas una a una en la vereda. Bolitas. El ojo no lo encontraron nunca. Lo velaron con un parche. Tenían miedo que lo viese el Lobo Sosa. La policía había dicho que no. El Lobo se enteró tarde. La negra, la negrita, tembló durante mucho tiempo. Estuvo borracha en la pieza de atrás. Yo veía. De todos modos le valían— Lloraba pero no se quejaba. Siempre que podía pasaba su mano suave por mi cara y me cariniosaba. Palabras dulces siempre tuve hasta que decidieron la otra casa. Lejos. Viaje en tren. Oscuro, olor, todo recuerdo afuera. Nada como las Basualditas. Al parecer ya nunca más. La avispa fue la que le siguió. No pudo con el tiempo. Me acuerdo que lloraba. Todos llorábamos. Pero a veces era frío no más. Me alzaba y me ponía sobre el recado. Mirá al frente, nunca abajo. No tengas nunca vergüenza. Tampoco me llares. El chambergo negro ladeado sobre su ojo celeste al que nunca me atrevía a mirar de frente. Solo cuando él no. Una fiera. Avisaban en la comisaría, pero no decían nada. Una nota. Las carcajadas. El facón, tan bonito, tras la rastra. Los aperos de plata, el sonido desde el arriate. Me escondía entre el ligustro. Carmencita, le decía, a qué no sabés qué tengo acá. Y ella se reía. Una vez entró. Pero sólo una vez. Y después no dijo más nada. El pan que podía esconder en mis bolsillos para después. La bolsa de galleta las torres del castillo de don Alfonso XIII, con bigotes. A veces algún rico, de noche tarde. En general de

otros pueblos. La pensión Leonilda, recordar el cuento, colgando del estribo del caballo, la cabeza destrozada pobrecita entre las patas del caballo. Aquella tarde había pasado por la casa. Llamala a tu mamá, Por qué, qué querés, Vos llamá a tu mamá mocoso de mierda, pero se reía, cómo me gustaba la Leonilda. Ahora el nombre de una pensión. El negro Pizarro estuvo en pedo cuatro días seguidos hasta que vomitó sangre. La gorda lo ató y le dio con el rebenque. Dice que todavía le duele cuando huele alcohol. Y ríe. Sonríe. Tantos dientes que le faltan. La curiosidad de los más chicos, ¿qué te pasó ahí? Pronto no pude más. De todos modos, no sabía qué tan poco tiempo me quedaba. Durante el verano era distinto. Llegaba gente a la laguna, por el barro, el reuma. Los viejos pasaban a la noche. Estos en cuanto se pueden mover quieren coger, decía la Leonilda y se reía. A veces me daban algo de vino. A veces no me daban y tomaba igual. Todo era distinto pero no sabía por qué. Me gustaba cuando ponían la luz roja. Pero a la Gorda no le gustaba. Andá a llevarle, me decía y me daba el plato con las sobras. Pucheta decía gracias y me pasaba la mano por el pelo. A veces se caía de culo. Los dos nos reíamos. La puta que está difícil, decía. No sé como, pero subía al caballo. Esto ya no es manglar, chiquito, me decía y se iba al tranco. Antes de llegar al cuarto yo me había olvidado. Era así. No el dolor de los sabañones. Ni los coscorriones de la Gorda. Mamá nunca, pero no era. Un día me dejó tocar un ratito, bueno ahora váyase a dormir mocoso de mierda. Siempre era el mocoso de mierda. De a poco me acuerdo, de a poco me fue dejando, de a poco me quedé. Quizá ahora Pablo entienda algo. Ya le hubiera gustado una caricia de ella. Era suave. Después venía el calor.

★

Como la vez que comulgué, todo tendría que ser siempre así. Pero se emborrachaba mucho y si no me escondía se la agarraba conmigo. *Roma Catala Quiche Caliche Aguelito Luli Pelao Botón Escupida Talón y Caty*, una y otra vez. Abrazado a las rodillas. Qué me iba a importar lo otro. Pero no era así de fácil. La encontraron atada. Hacía tres días que la tenía ahí. Nadie me quería contar mucho. Ni poco. El mocoso de mierda se arrastraba entre los trapos y escuchaba lo que podía. Estaba toda cortada. Se le fue yendo la sangre de a poquito. Y él siguió de todos modos, asqueroso de mierda. El Lobo Sosa está esperando que lo suelten. Todo eso como cuando íbamos a pescar ranas. De noche no era lo mismo. Me gustaba cuando se dormía a mi lado. No sabía que yo estaba, ni que era a mí que me lo hacía. Agarrar fuerte la caña, clavarla en el barro. A veces la ensartábamos. Chuleta le decían después. Cayó desde el tapiál a las verjas con lanzas, como le decíamos. Ahí quedó gritando. Lo bajó la vieja Jorgelina. ¿Cómo habrá hecho? Chuleta. Todo era así, lo veo ahora. Como cuando Barzola se afanó el camión regador. De a tres. Pero él, solo. Se estrelló en el paredón de la Municipalidad. Salió por la otra puerta y puteó a Dios y María Santísima. Cómo nos reíamos. Atrás de la vía. Era llegar detrás de la vía. Unas cañas altas, una zanja, la laguna y el monte. Antes del basural y el cementerio. El hospital nos quedaba cerca y por eso robábamos los cocos. Una planta de mandarinas. O las granadas de las viejas Ezquerra. Siempre termino acordándome de ella. Como cuando estaba dormida y yo despacio levantaba su brazo y me acurrucaba. Vení pollito, me decía a veces. Me llevó La Avispa de la mano. Yo no entendí nada de lo que me dijeron. Me quedé quieto y me dormí. Fui contando. Uno dos tres *Roma Catala Quiche Caliche Aguelito Luli Pelao Botón Escupida Talón y Caty*, así y así. Después que me llevaron, fue que empecé. No sé si Pablo entenderá algo ahora. Upa lalá.

EDITORIAL:
EL POSTERGADO CONFLICTO EN MEDIO ORIENTE

No es cuestión de resolver si Gengis Khan era bueno o malo, si Hitler escondía una variedad de rasgos de ternura, o si la historia medieval está cruzada por el miedo de los caballeros cruzados. La pregunta se yergue en base a la intolerancia que le imponen al propio pueblo judío, que desplaza a los terroristas y también a sus primos «temporales» desde hace ya tantísimos años; tampoco correspondería ignorar a lo que se apunta: si le pueden sacar un rédito económico al estar con la carne tierna de las más drásticas operaciones del aparato de autodefensa israelí.

¿No sería más coherente pensar que si los Hizbulah sobreviven es porque se detuvo hace unos años la ofensiva adecuada en nombre del pacifismo y el cuerpo calloso, y todo lo demás no es un camino sin salida, un disfrutar el paseo en la habitación acolchada?

Era más íntegra la historia hebrea que esta cruzada por el absurdo de una persona a quien nadie apostó mucho. El dolor es, aún, intenso. No por ello le temen a la violencia por parte del Estado. En caso contrario, la propuesta sería conformar ya mismo una asociación para el ejercicio racional de una violencia aun más nefasta.

Y por el solo hecho de nacer tales, fueron condenados al espanto por el propio enemigo, y al terror por el mundo que tiende a estallar (es la mejor práctica de Savonarola).

Es incómodo, al parecer, tener delante un punto de vista divergente del conformismo tranquilizador corriente. Una única posible respuesta: se olvidan los progroms; ni la menor idea sobre la gente que prefiere dar vueltas por el medio de los errores.

De acuerdo con el mediador Bellazzi, ¿no se estará inaugurando algo así como la era de los guerreros de Hizbulah, para que la gente tenga miedo?

Podría ser una maniobra de amedrentamiento. No parece ser general la preocupación de los observadores internacionales, mientras entran por la imposibilidad de predecir cuáles descubrimientos se realizarán en el intento de reconciliar lo por principio irreconciliable.

Sin embargo, a pesar de su coherencia y lo que sucede en Oriente Medio, puede ser determinado qué conocimiento teórico se va a salvar de una certera crítica en el seno de la UN. Entonces, ese primer miedo a algo, es no tenerle miedo a nada. Y también atravesar el miedo.

Muy interesante, cementerios y geriátricos, adorable escribir sobre octogenarios que no quieren irse a dormir ya que no les quedan manos libres para el fono. Ni el sueño, que por lo menos ese viaje si ya ni siquiera al patio. ¿A ver qué?, se preguntarán.

Siempre se puede saber que una aplicación puede afectar-nos la vida: de su teléfono satelital guiaron a dos misiles rusos, mientras Dudaiev estaba hablando por un plan elaborado por los sites argentinos (al menos en general eso fue lo convenido).

Y por el ansia de su regreso a Palestina, la de la Net (lo cual para estas empresas no es un ejemplo de los dos hemisferios) fue una opción más que impuesta y ahí radica el problema. Se habla de algo, y cantidad de veces uno llega a creer que los actos humanos no nacen del vacío espontáneo sino que son sugerencias de bandas enemigas y anarquistas, de las que no poseen suficiente poder para todos los precios y emprendimientos a que se ven empujadas por la ciega impertinencia de sus fanáticas ideas.

¿No es simple? Nadie niega ya que el difunto Menahem Beguin fuese en su momento un terrorista tan feroz como los Cruzados de Alguín en busca del Santo Grial Digital.

Lo lamentable, lo que se juzga es que no se puede analizar como un absoluto en un tubo de ensayo: «El hombre es bueno, la sociedad (el mundo) lo corrompe».

Por un lado, el tráfico interno y el Islam no representan el terror ni la menor idea de que la propaganda malsana de judíos, capitalistas, gitanos y masones nos han hecho perder. «¡Era tan cariñoso con los perros, ¿verdad?! Algo bueno se escondía en él». Y al instante olvidan de quien era Honecker tras su imagen de viejecito bondadoso con los pájaros.

En el mundo actual, lo que siempre implica una decisión personal, es común arriesgar la vida en el set, y además pretender un criterio político en los laboristas británicos, justamente cuando se transforman en objeto de aquellas acciones: el «juego limpio» de las murallas: Una asamblea de notables resuelve ofrecer la derrota. Los romanos aceptan. No quedo un solo cartaginés vivo. Desde entonces la feroz brutalidad de los errores. Y tal conducta persiste hoy aunque

(con nerviosa lentitud) recién comience a iluminarse el desastroso o tétrico escenario de los errores.

Un teléfono celular lo llevó a la condenación eterna. No necesitó de mas tiempo. (En realidad, dispuso de mas tiempo para navegar por la acción de grupos, extraviados o no, que obedeciendo una política calculada que no puede definirse de otro modo que como perversión –la misma que todos llamamos hoy «holocausto»).

No se trata de lo que la gente hace –aun recurriendo a la demolición de Coventry. Como un favor: se lo remite a las alturas y a los terroristas musulmanes, grupos espontáneos nacidos del fervor de la guerra. Como bien lo muestra John Rennie (editor-jefe del Scientific American): A veces parecíamos olvidar que vivimos en un refugio de cartón debajo de una bestia. La recurrente tentación hegeliana.

Lo toman muy en serio recién cuando los que quedan expuestos son los niños. Todo político es sometido a una cruenta desconfianza; toda pretensión es excesiva. Toda solución es un engaño porque no contiene en su origen una propuesta definitiva. Pero no hay consenso y si todo es literatura pues no abunda el buen gusto.

Nada interesa. Se pretende otra cosa. Hay quien cree ser lo que quiere aparentar ser... otro ídolo que se cae y tan pocas metáforas que ayuden a explicarlo. La conducta de la serpiente se vuelve un estado dictatorial cuando es reflejo de deseos ocultos. ¿Argentina dejó de ser un blanco? Nadie lo tomo como a una derrota, pero mantienen a sus alianzas sin mantener la astucia de buscar otras armas...

Cuando secuestren a un ritmo cada vez más evolucionado y la gente piense que pobres son todos los productos. Entre ellos la comida no elaborada: esto es fundamental.

La primera respuesta que surge es otra muestra mas del estilo incierto. Consideración al margen: Ya de por vida tenemos cerrada la amplitud, imposibilidad de otro criterio. Vueltos hacia nosotros, esa será la condena.

LÍNEAS DE SOMBRA

Al fin podré descansar en cuanto hayamos amarrado. Y decirte adiós. ¿No es maravilloso? Me preguntaste cómo me llevo con el resto de la tripulación. «Bien, bien, todo bien». Estoy solo (en el modo en que nos relacionamos hay un mezclarse y remezclarse de los gestos), y solo estoy pendiente de cosas nimias, el caer de las hojas de los árboles en otoño, el golpeteo de las drizas en los mástiles, mi no saber pasar de un minuto al siguiente. Me siento a mirar mi barco. Pienso en mañana, la realidad, cualquier cosa es más que esto.

Pensé que era entonces, en ese determinado momento que debíamos detenernos, teníamos que detenernos. Ya convencido de que no volvería a dormirme es que salí al cockpit. Y fue al rato que te pregunté si no los veías. No quería una respuesta. Sin embargo, resulta obvio a estos cuerpos que se ligan a una pesadilla. «¿Qué hora es?», «Medio día». (¿Temías algo?) Paso mi mano suave, intentando un gesto como en una caricia. «Mediodía», repetiste desganada, y recordé el café Europa en esos cinco minutos que no estabas. «Necesito comprar algunas cosas», dijiste luego ya con otro tono en la voz.

Creo en la estrella que deseo expresar, terminar de decirle más que seguir cayendo en ella. Como querer morir, ya no se advierte mi silencio y mirada curiosa; te veo desnuda, todos tus huesos sobresalen, se pueden contar tus costillas una a una. No hay consuelo.

Enormes cajas, pequeñas cajas, medianas cajas. Todo está

dispuesto. «Bonito barco, capitán ¿es suyo? Debe de estar orgulloso de él, verdad?». El curioso modo de operar del deseo.

Todo queda detenido; estas ondas que se desplazan en el mar en calma. Temporada de huracanes, tiempo de buscar un buen espejo. Es agradable de todos modos. Me siento con un lápiz y transcribo lo que voy leyendo: Mitología: la hembra que engendra al macho que la fertilizará. «¿Todo en orden Mr. Galan?», (con acento grave).

El barco no se mueve. «¡Dios! Soy feliz», me dice. «No tengo nada que decirte». Nadar, azul, un plato rojo que se achica hasta desaparecer. Tomamos del pico, reímos; ya no importa nada más que boyar por ahí esperando un aviso, una señal. Diez minutos puede ser un viaje. No digo nada de esto. Pensamientos oscuros que ahuyento de la cabina.

Pasado el mediodía y sigue por completo desventado. La realidad, años atrás. Rituales, volver a cada uno de los gestos para las actividades cotidianas, como almorzar ahí. Primeras 80 millas navegadas. La forma básica de esta sensación. A cada momento pienso «¡Mi barco!» «José, quiero que... me gustaría que...». Abro una botella de vino, te ofrezco un vaso. «Te amo». «Adiós». Se levanta una brisa, esta vez NNO, apuntando al lugar que suele llevar a peligrosos equívocos. Y la estrella que ya no parpadea.

En efecto, veo las señas. Kathy preguntaba «Quizá, y solo si me gustase ¿por qué no habría de hacerlo...» Preferí recordar el sauce bajo el que colgaba mi hamaca. La brisa refresca. «Pero Hosé, pensé que...» Tan flaquita, tan frágil. aun así, no sé qué hice ni por qué lo hice; me quedo echado, intentando

reconstruirlo todo, una y otra vez.

GABRIELA

Amaneció y todo lo que pude recordar fue a las chicas que me miraban azoradas. Cada recuerdo trae otros y todos parecen venir juntos. Ibamos a cambiar el mundo. En la puerta de casa, a mi lado vigilándome y, aún hoy, hasta cuando pelo una manzana, lo hago según su modo. Nunca me sale como a él y no parecía importarle nada.

Durante los recreos perdíamos la audacia de las zapatillas, la arena de los que no siempre se dan cuenta y caen una y otra vez. Quiso ver mi simpatía, y yo intenté ser querida. No entendí el fin, me equivoqué de manera significativa: no evaluaban mi grado de queribilidad sino mi despegue de esa necesidad.

Aqué examén fue en un último arranque de inspiración. Querían de mí que fuera una imbécil, pero por decisión propia me convertí en dedo acusador, total que todo lo que conseguí fue que me retiraran del lugar rumbo a una actividad inimaginable; nada tenía sentido.

Los días muy fríos o de lluvia, pasaba las tardes hojeando El Tesoro de la Juventud, y una mañana desperté nacida a las sábanas. En uno de mis juegos. Y yo, como cuando jugaba a ser igual, me apartaba a la izquierda. El cero a la izquierda, madre.

Estacioné a un costado en la vida, nunca creí nada. No creía nada de lo que me cocinaban, yo masticaba y escupía debajo del aparador cuando no me veían. De estas visitas, la de más placer me daba mucho miedo. Y cuando al fin me echaron

del colegio nunca más supe de ella.

Alguna vez tendré que ponerme a pensar. Tiré mis años al pasar, el marco por el cual veía el mundo maravilloso en el rincón de los títulos que, en vez de pegar la vuelta, se perdieron en el campo junto a mi madre en la que me sumergía. Pañuelo, estrellas, atardecer, el dedo que señala, un mirar más allá de mi hombro.

Era un año mayor y volvía sola, feliz y dispuesta por haber tomado una decisión. Ojalá una leñera el futuro. Lo que no sabía era que estaba por echar todo a perder; yo no podía terminar en su cama, que, para mi maravilla, resultó una historia buenisima; y tanto que mis pelos crecieron más, de los ricos. Los ricos, pensaba yo, eran los que dejaban patina.

Decidí tomar el micro a Buenos Aires y el castigo por haber ido aquella noche entró por mi ventana. ¡Tan lejos estoy!... Tal era mi raíz, ese mi equipaje mi estatura, mi energía, mi plumoso aire festivo, mi fortaleza y seguro de vida, mi escuela y nada importaba de lo que yo hiciese.

El resultado apenas fue que me ponía una ropa distinta. Todavía recuerdo un blazer de pana verde que había robado. Me encantaba, sí, me encantaba. Y padecía de mi irreverencia. El curita enmudeció en mis manos, al amén no llegó a pronunciarlo y no puedo sino pensar en aquel día, en mí, mi silencio, astuta.

Si con esa prueba de fuego no le rompía la magia, era que todo mi sacrificio había sido inútil. De todos modos, me consolaba diciéndome que nunca sería feliz. Como un dolor de pies en invierno. Todos aquellos momentos que recuerdo en que viví con El Padre en esa habitación, nos consumía un

Aleph. Y yo me lo recitaba y creía.

Mi confianza fue creciendo y extrañaba en todo momento su mirada en mí. Así fue como alguna misa la terminé de rodillas delante de todos. Un día jugando, empujándonos y riendo, fue que decidí desviarme para ir a la melancolía, señora del tiempo, mostrándome feliz del brazo del elegido. Y él se lloraba. En mis manos. Espeso y tembloroso.

Besos en lo oscuro. Entramos en el cuarto: Esta historia no se advertía de otro modo. Me sorprendí a medida que fui quitándole la ropa. Era más parecido a las chicas. Y se le guiñó su ojo lloroso mientras sostenía mi cabeza que gustaba de lo que hacía, y en semana de Pascuas, que no sé por qué, si él lloraba, yo me derretía por dentro. Total que después no me miró y gritó «fuera», como si él no hubiese decidido nada de lo que había hecho ni temblado como había temblado.

Quedaba en su frente la culpa mía, pero los mensajes nos los seguíamos mandando, a él parecía no importarle derramarse en mis manos. Durante los recreos era la música. Además, no es tal como se lo he contado a la gente. No lo creerían.

Y yo era la más chiquita de aquella tierra que devino arena donde hubo ahogados. El iba de sorpresa en emoción, alta frecuencia. Una noche, después de cenar lo invité a distribuir sus atenciones a las otras chicas. Flaquito, con rasgos muy finos como no he visto ni siquiera en el mundo maravilloso, dejaría en cada baldosa la historia de cada minuto que la infancia de aquellas párvulas le otorgase.

No escapó al suyo: cuando doceañera la del cuento, le enviaba cartillas de amor a su estudio. Me tocaba el cuarto de huéspedes junto al de María. En mi cuerpo de niña no se

advertía lo que traía dentro.

Debo esforzarme por seguir. No sabía cómo y tenía modo de esquivar la vigilancia. Me daba pena ver al mejor alumno de plantón lejos de dónde yo lo quería porque estaba contaminada.

Que tomara agua de mi lengua era una ocurrencia extraña. En la puerta mágica. De a poco y con caricias lo fui acercando. Hasta que pude hacerlo mío, primero con besos que lo derramaban, luego enocarrajándome a él.

El resto de mi vida fueron historias alcahuetas, niños ortivas de cachetes colorados, próceres grises, todo como subrayado de manera forzada para darle una importancia que no tenía fuera del aula.

Volví al pueblo una o dos veces al año, tan sólo a ver a mi madre vigilándome y, aun hoy, después de veinte años. Nosotras éramos parte de la vereda. Un día jugando, nos dimos cuenta de que nos diferenciábamos y mi idea del mundo fue mucho más amplia de lo que las maestras sospecharon.

Un verano me pidió de entrar a mi dormitorio. Le dije que sí y que intentara burlar la vigilancia de María. En ese momento, ahora me doy cuenta, sentí una pena infinita. No sé qué era. Y cuando solos, llovía a cántaros.

¿Cómo has estado? Igual de jodida que siempre. Estoy harta. Es natural. Todas estas frases las decíamos con intervalos de silencio entre una y otra vez y no se si mi madre comprendía mi mensaje.

No podía prestar atención a nada de lo que las maestras

decían. No creía nada de lo que parecía. Quedaba todo en manos de mi tutor que quedase aparte de esa novela inconciente, como unos números prolijos anotados en los bordes de una chequera. Eso era.

De muy chica aprendí que el agua tenía el mismo gusto y me sentaba y al notar el pinchazo de las esquinas, las noches en que, después de idas y vueltas, lograba que se tendiera de espaldas, entonces, una vez, dibujé un cuadrado e incliné la hoja.

Yo no tenía otro papá que una chequera, ni euforia de vida (que no es otra cosa que terror a cagarme en la tapa del piano). No importa qué decidas hacer de tu vida mientras lo hagas con pasión, eso fue todo lo que de él me quedó.

Amanecí a las imágenes inconexas. Nunca me desarrollé muy bien ni entendí qué iba a ir a estudiar, pupila, a Buenos Aires.

Ahora, su imagen, es como un buen chorro de agua. Me paso la esponja áspera, con fuerza, sintiendo con agrado cada raspada. Enjaboné con cuidado todos los ángulos y me sumergí en un delirio místico en el porche, el almuerzo. ¿Qué haría yo en todos sentidos? Yo era el Diablo, ¿quién podía entender eso?, era una ocurrencia extraña.

La religión era el oro de los curas y la movida la de esos artistas que se juntan a crear... Me impresionó que alguien pudiera encerrarse en un pueblo perdido en La Pampa, entre cardos que ruedan por el espejo retrovisor. Yo maniobré como para salir de gira, cada vez gustando más del juego.

Me acuerdo de la mañana que me llamó al frente, señaló un reclinatorio, un mapa mudo y me miró tan fijo que le pude entender lo que en ojos de niña nueva era incomprendible. ¿Yo?

Y fui para que se enterase cómo y que podía terminar en su cama, que, para mi maravilla, era una historia buenísima; aquella pradera quedó tapada por un recuerdo de arena.

No veo la pampa húmeda, veo arena. La arena de aquél pueblito perdido en el desierto, mares de tiburones, desiertos con caravanas, tuaregs, salvajes buenos y malos, tugs asesinos, monstruos, compañeros fieles, princesas y que se me escabulla el último sueño entre sudores de verano y pantalón corto.

En seguida intuí qué hacer: nos poníamos a jugar y nos tocábamos. Era una sensación extraña porque me hacía gozar enredada en las sábanas. En una de las corridas fui imaginando cómo se introducían por el hijo de alma femenina.

Aquél examen fue terminante. Todo esto fue antes de que la gente se enterase, y me di cuenta en la cama de una pobrecita parroquia que estaba muy embarazada..

Me desperecé, le negué atención. Caí rendida. De todos modos, no era mucho el tiempo que podíamos estar dándole de corrido. Me paro, me muerdo ante las ganas.

Yo era la más chica. El lloraba. Miré a un lado y le pregunté qué le gustaba, pasaba de todo. De ahí en más no tuve dificultades, tomada, por ese novio azorado que escuchaba las confesiones de su amada. La vida era prepararme.

Al rato se calmaba y me pedía que me fuera. Ese domingo, como otros, nos sentamos juntos y lo que comprendí corría por encima y provocó el desenfreno de aquellos.

Escribir me produce la sensación de haber visto algo imposible, ridículo. Los médanos más altos asomando fuera del agua. Volví al pueblo una o dos veces, tan sólo a ver a mi lado la pregunta. No encontré nada. Pero claro, a través del agua, un palo se ve quebrado.

CARTAS EN EL CIBERESPACIO

Friday, 26 December, 1997 2:35:24

Message From: Inés Galaguez

<igalaguez@satlink.com.ar>

Subject: Estrellas y lagos con cisnes

To: José Rodlan <jrodlan@aol.com>

Cuando voy leyendo pide más y más... Y luego una voz..., como viajar en movicom por la vagancia, por el aire la piel las alamedas, por el absurdo de hoy nubestormentasol-ñubes! y decidí probar again.

Para esta noche habían prometido dejarme. Pero como con otros libros: se me mueren. Otra vez la puerta abierta. (No puedo volver a la mía) Y uno que espía y ve. Y uno no sabe bien ni cómo pensar eso que ve. Y recuerdo haber jugado mucho allí y haber encontrado ecos diversos pero ya no los hay.

Mamadayo Mamadayo

dónde estás

que no te Hallo?

Días estación de servicio al costado de una ruta en medio de la enuresis del niño de su mamá cuando tenía seis años ¿Qué le pasó? La mía cuya pasión era la pintura vivió hace unos siglos y lo re-poco que hacía lo hacía muy bien y era capaz de no dormir veinticuatro horas seguidas sin ni siquiera ser un signo de pregunta...

Quizás los sauces...

No pude imprimir el manual de instrucciones y con la decisión que me caracteriza bajé las velas y puse proa al puerto... Digno de ver, cientos de barquitos, todos corríamos a casa, nosotros a los pobres, «a su destino de condenados a la mendicidad pública.» (p. 275).

Para concluir en brazos de una japonesa 20 años menor con la excusa de leer algo en el origen de las resecaas circunstancias, desde qué mares padres y lunares, mareas de resonancias huecas y madres playas cálidas de hastío de alas calmas para siempre, archicansancio en todos los tics que pueblan la duda, la irrealidad del patio, del mediodía y de los que allá como yo seguían estirando sus brazos

para nada.

Estaba, siempre estaba, pero era una intriga o una herida. Un cambio en lo de las ideas putazas y en ese ser de los que se mueren, ahí, donde se me parte la cabeza iluminada de Ludmila por una aureola de fuego que no llego a asir ni por el margen ni por el agua. Y mi mantra: «Inés no te pirés Inés no te pirés...»

Mmmmmhh! No tenía más remedio que dejarlo así. Pero valía la pena ver cómo estaba el cielo, por ejemplo, el día de hoy cuando me vine porque tenía la cara cansada de estar ahí: cuanto más mágico el momento, antes termina el año arriba de una ruta en medio de la hora.

Ya ve,

el pesto quizá tenía demasiado

perejil.

Un interesante descubrimiento

antropológico:
el triple de miga
termina con las barreras culturales.

Frío. Frío que cambia, frío que permanece. Qué nohecita para buscar escarabajos tristes. Pateando cielo recorren nada. De todos modos, ¿a dónde habrían de ir?

«Una noche: mil, diez mil sonidos. ¿Cuántos escuchas allí?» Increíble, por momentos el I Ching desata los nudos..., desatarse de esa manera que es mía y recibir en mi cama y ser cepillada patas para arriba. Y me pareció maravillosa esa habilidad de ud., Dragón Fénix nadando en fortuna.

Enredada en el 'empapamiento' final. Todo me gusta, nada como para despegar de allí —pero sí sé que este chino de hace tantos miles de años está mucho más cerca de mí estos días, tanto que me llamó mi «mejor amiga» de la orfandad y del tener que rebuscármelas sola hasta cuando no era crítica; como siempre, no hago más que lo que quiera pedirme u ofrecerme...

un Jorgito de chocolate
un mundo independiente
de lo que respecta a la corteza cerebral.

#####

Qué bien sigue sonando Doña Ella Fitzgerald... muy apropiada a esta hora...

#####

Thursday, 2 January, 1998 00:45:23
Message From: Inés Galaguez
<igalaguez@satlink.com.ar>
Subject:Re (2) Keroké
To: José Rodlan <jrodlan@aol.com>

Esto de venir numerando y clasificando, ¡qué raros que somos! Y bueno, ahora estamos en 1998. Y sí, esos números son como anclas absurdas en un dormitorio con picaporte roto (se levantó una torrrrmentaaa..., y este mail me parece que sufre ya de esas afinidades y se me deshace de solo pensarlo.) Aunque por un rato goce con mirarla igual. Y no lo digo desde la melancolía sino desde el desprecio estético que implica decir

chau

No era una actividad del espíritu, un acto por el mundo, mandaba cuentos-cartas sobre gigantes y quizá por eso fue que empecé echándole la culpa al pobre y arbitrario 13, que no sé de dónde viene. Pero dejemoslo que así sea, que así es.

Las cosas existen para ser coherentes con el resto de su muerte, pero cantidad de tiempo antes lo saben y no se arrepienten. ¡No los lea en castellano! De poesía le recomiendo los últimos:

«We are in a chair, laughing at it all. Until the last war will be as alone as a mountain, and despite billions of beings there will not be one man sitting in a terrible hurry to die as large Negroes break the pavement our fingers tremble on dark coffee cups as this city all the cities lie spread-legged dipped into with beak, I awaken to black men and no place to go.

—Palace Bone Ballet

Friday, 9 January, 1998 22:08:25
Message From: Inés Galaguez
<igalaguez@satlink.com.ar>
Subject: Watch out la luna!
To: José Rodlan <jrodlan@aol.com>

Días en que arde una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas, limas, umbrales, atlas, copas, clavos, nos sirven como tácticos esclavos, ciegos y extraños en su sigilo!

Y así, de igual modo, fui a buscarle la luna.

Durarán más allá de sí (...) para buscar en el origen de la persona que sólo es si es abstracta. El concepto de posesión y el Yo el que lo enuncia: ¡lo bonita que estaba subida a una de las bicis! Y la luna ahí, aunque tenga banderitas norteamericanas en medio de mi vida.

Ando con una conciencia rara, como nuevecita, días en que busco y no lo hay. Días estación de servicio. No entiendo cómo en medio de la hora este frío. Frío que cambia, frío que permanece. Una noche, mil, diez mil sonidos. «¿Cuántos escuchas allí?». Increíble, por momentos pareciera que todos.

Sólo para decirle
antes de salir al mundo
que disfruté de su comida china
y su música
y sus libros
y su charla
y
...

